

LOS AMOS

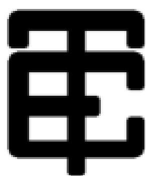
CLARK CARRADOS

Colección **ESPACIO**

Los Amos

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

LOS AMOS



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

L rugido que sonó inesperadamente arrancó a Thorwald Nyass de sus meditaciones, haciéndole volver la cabeza a un lado y otro en busca del origen del estruendo.

Thorwald Nyass estaba en las montañas, en una pequeña cabaña heredada de sus padres, pasando unas vacaciones forzosas, mientras se tramitaba el expediente que le habían abierto como consecuencia un aterrizaje demorado noventa y seis segundos,

lo cual había costado a la compañía para la que trabajaba, aparte del importe poco menos que astronómico del combustible derrochado, una fuerte suma en concepto de multa impuesta por la Coordinación Central de Vuelos Espaciales.

El capitán de una astronave se lleva siempre los méritos, pero también los palos cuando llega la hora del reparto de éstos. Noventa y seis segundos de más en un vuelo espacial, pueden suponer el exceso de consumo de cientos de toneladas de combustible durante la demora del aterrizaje —miles, según la ocasión—, aparte de que luego es preciso reponer una cantidad igual del carburante y el precio de éste no es ninguna fruslería que digamos. De vez en cuando, uno tiene una racha de mala suerte y esto era, precisamente, lo que le había pasado al capitán Nyass. De momento lo habían suspendido de empleo, dejándole tan sólo con dos tercios de su sueldo, sin los beneficios de otra clase que corresponden a todo capitán de astronave. Y en vista de que el papeleo burocrático amenazaba prolongar la vida del expediente durante largo tiempo, Thorwald Nyass, resignado y filosófico, se había retirado a pasar un

par de semanas de vacaciones en las montañas.

Otro, quizás, hubiera buscado el consuelo en el alcohol. Nyass era lo suficientemente sagaz para saber que el alcohol no resolvía ningún problema que no fuese el de la calefacción interna del organismo humano en tiempo de frío o salvar una situación social, pero nunca borrachera haría que su expediente se resolviera de forma favorable. En consecuencia, tomó su helicóptero particular y se marchó a las montañas.

Era un hombre joven, treinta y tres años, alto, de cabellos castaños y ojos azules, ancho de hombros y gran capacidad torácica. Pese a su relativamente poca edad, ya había realizado cuatro viajes a Marte como oficial de astronave, y una veintena a la Luna con distintos cargos —los cinco últimos viajes habían sido efectuados como capitán de la astronave mixta de carga y pasaje «Tondonia». Había sido durante su último viaje cuando había cometido aquel error y ahora purgaba las consecuencias.

Tomándoselo con cierta filosofía, como hemos dicho, Thorwald Nyass juzgó lo más oportuno irse a las montañas a cazar y a pescar. Cargó víveres de repuesto en su helicóptero y se dispuso a esperar con toda la tranquilidad posible.

Después de unos cuantos años en que, prácticamente, podía decirse que sólo había alternado el suelo de su astronave con el de la Luna o Marte o el de las grandes ciudades terrestres, le resultaba muy tonificante el agudo y frío aire de las montañas, a casi dos mil metros de altura. A lo lejos, bañado por la luz del satélite en fase de plenilunio, se divisaba la aguja de un monte cubierto de nieve, que parecía hecho en plata pulida. Lejos de la luna, las estrellas brillaban con toda su intensidad y, de cuando en cuando, se oía el susurro del viento entre las hojas de los árboles, mientras que el murmullo del arroyo cercano ponía una nota de frescura en el ambiente.

Había conseguido pescar dos buenas truchas, de las cuales una había pasado al congelador y otra a la sartén y después a su estómago. Una taza de café había sido el complemento ideal de la cena y ahora descansaba, sentado cómodamente en la pequeña veranda de su cabaña. Salvo los ruidos indicados, el silencio era absoluto, total; Nyass creía a veces hallarse en un planeta, deshabitado por completo.

Entonces fue cuando oyó el rugido.

Fue un sonido singular; procedía del oeste, un poco hacia el sur, y corrió a gran velocidad en sentido diametralmente opuesto; como si por encima de su cabeza hubiese galopado, durante un par de segundos, un león gigantesco e invisible. Después se transformó en un agudo silbido, más bien aullido y luego terminó por extinguirse de pronto.

Nyass se enderezó en el asiento, para mirar en la dirección de donde le había llegado el singularmente extraño sonido.

Es el transcontinental Los Ángeles-Nueva York —se dijo a media voz.

Pero casi de inmediato rectificó; el expreso aéreo pasaba bastante más abajo del lugar en que se hallaba. Y, además, no era la hora todavía.

En el primer momento, se le ocurrió pensar que había caído algún aparato volador no lejos de allí. Una vez vio desplomarse del cielo un reactor y el aullido de caída había sonado muy semejante. Luego se produjo el choque contra el suelo.

Era un sonido que no olvidaría jamás.

Ahora, sin embargo, no se había escuchado el estruendo de ningún choque.

El incidente preocupó a Nyass durante unos momentos. Por otra parte, el sonido se había producido prácticamente por encima de su cabeza; de haberse tratado de un avión o cohete, por fuerza hubiera tenido que ver el resplandor rojo de los chorros propulsores.

Y no había visto nada, en absoluto.

Sólo había captado el aullido de «algo» que había pasado volando por encima de su cabaña, a una velocidad extremada, inferior, sin embargo, a la del sonido, ya que no había oído el «bang» característico que sigue inmediatamente a un vuelo en tales condiciones.

Se puso en pie, preocupado y desconcertado al mismo tiempo. Delante de la cabaña había una pequeña explanada, a la derecha de la cual pasaba el arroyo. Pero en torno la misma, los pinos y abetos ponían una nota de negrura, que impedía ver lo que había más allá.

De repente sonó un grito.

—¡Eh ! ¿Vive alguien por ahí?

El grito llegaba de la parte situada justo frente a la cabaña.

Nyass avanzó unos pasos.

—¡Aquí! —contestó con una gran voz, a fin de orientar a la persona que había gritado—. ¡Siga hacia adelante!

De un salto se acercó a la puerta de la cabaña y dio la luz, a fin de orientar al desconocido.

Exclamó:

—¡Venga hacia la luz !

Una persona apareció de pronto en el espacio despejado de la explanada. Traía en su mano derecha lo que a Nyass le pareció un arma de fuego y caminaba con paso incierto.

Nyass saltó de la veranda y se precipitó al encuentro del recién llegado.

—¿Le ha sucedido algo? ¿Está malherido?

—No; sólo reventada de fatiga... Supongo que tendrá usted algo que se parezca a un techo y una silla, ¿no es eso?

—Claro que sí... ¡Es una mujer! —exclamó Nyass, sorprendido—. ¿De dónde sale usted?

—Ni yo misma lo sé —contestó ella con voz desmadejada.

—Está bien; ya me lo explicará luego. Ahora pase, por favor.

Nyass pudo darse cuenta de que era joven y de aventajada estatura, pero la luna le daba en la espalda y no pudo captar más detalles fisonómicos. Pasó una mano por los hombros de la desconocida y la ayudó a caminar hasta la cabaña.

El interior aparecía decorado con sencillez y buen gusto. Nyass condujo a la mujer hasta un diván y la hizo sentarse allí. Entonces, a la luz de la lámpara central que pendía del techo, pudo examinarla con más detenimiento.

Era joven, siete u ocho años más que él; tenía los cabellos oscuros, con vetas rojizas, que parecían de cobre pulido, el rostro tostado y las pupilas verdosas. Bajo chaquetón y los pantalones que componían los principales elementos de su indumentaria, se adivinaba un cuerpo escultural.

—Me llamo Thorwald Nyass —se presentó—. Está usted en su casa, señorita...

—Fanny Pearce —contestó ella—. Menos mal que llego a lugar civilizado. —Irguiéndose un poco, empezó a quitarse el chaquetón.

Nyass se apresuró a ayudarla. Fanny quedó con una camisa a cuadros, que modelaba las firmes curvas de busto joven y henchido.

Era muy bonita, pero en su rostro se veían impresas las huellas de una gran fatiga.

—¿Tiene hambre? —ofreció el joven—. Le prepararé algo de comer...

—No, por favor —rechazó Fanny—. Me conformo con un poco de café y unas gotas de licor; es decir —sonrió—, si dispone usted de tales ingredientes.

—Claro que sí —sonrió Nyass—. Aguarde sólo cinco minutos.

Empezó a trastear en la cocinilla eléctrica. La cabaña disponía de una micropila nuclear, que suministraba energía para todos sus servicios. El agua empezó a hervir en pocos minutos.

Mientras preparaba el café, se preguntó qué podría hacer una mujer, joven y hermosa, sola, perdida por las montañas. Thorwald Nyass sabía que el centro habitado más próximo —Lake City, un centro de excursionismo, en realidad, una ciudad-camping—, estaba a quince millas hacia el N.O. y no le parecía lógico ni natural que Fanny Pearce se hallase por aquellos parajes. Discreto, sin embargo, se abstuvo de formular la menor pregunta al respecto.

Llenó la cafetera, preparó una taza y añadió una copita de coñac. Luego se acercó a la joven, la cual, para mayor comodidad, se había quitado las pesadas botas que calzaba.

—Aquí tiene usted, señorita Pearce —le ofreció, sonriente.

—Huele muy bien —alabó ella.

Los colores volvieron a su rostro a medida que injería el café. Al terminar, le ofreció más, pero ella rechazó con un gesto.

Es suficiente, señor Nyass —rehusó con una sonrisa. Examinó el diván con aire crítico—. Creo que tendrá que proporcionarme alojamiento durante esta noche.

—Claro que sí —respondió el—. No faltaría más. Iré a preparar...

Una voz humana le interrumpió de repente.

—Perdonen la intromisión, pero, ¿podrían indicarnos el camino más conveniente para llegar lo antes posible a la ciudad más próxima?

CAPÍTULO II

YASS y Fanny se volvieron a un tiempo. Ninguno de los dos habían oído ruidos de pasos y la llegada de aquella persona les había sorprendido por completo.

Pero no se trataba de una persona sino de una pareja, hombre y mujer.

Eran jóvenes y magníficamente constituidos en lo físico; ella parecía un anuncio de algún curso de belleza femenina: alta y rotunda como una valquiria, de pelo rubio y ojos azules. Él era también muy alto, diez centímetros más que Thorwald —quien en verdad no era un enano—, y asimismo rubio y de ojos azules. Daban la sensación de ser hermanos, aunque el parecido fisonómico era nulo. Vestían unos ropajes muy sencillos e idénticos; blusa o camisa de un solo color, marrón claro, y pantalones cortos, sujetos por un ancho cinturón de color amarillo suave, de un material parecido al cuero, pero de un grueso algo superior al centímetro. En fin, la edad de ambos oscilaba, según las apariencias, entre los veinticinco y treinta años.

Nyass fue el primero en recobrarse de la sorpresa recibida por la inesperada aparición de la pareja. Avanzando hacia ellos, dijo:

—Lake City es el centro habitado más próximo, a quince millas hacia al Noroeste. Pero ahora es de noche y sólo conociendo el camino se puede llegar hasta allí. En mi opinión, debieran pernoctar aquí; el sitio es escaso, aunque ya nos arreglaremos...

—Muchas gracias —dijo el hombre, con amabilidad, aunque sin sonreír—. Lo siento, tenemos bastante prisa.

Fanny se puso en pie.

—La mujer se puede quedar conmigo —ofreció—. Estas

montañas son peligrosas por la noche; las fieras salvajes escasean más cada día, pero aún existe la posibilidad de tropezarse con un oso o un puma, y ustedes no van armados.

—Gracias de nuevo —contestó el hombre—. Con la indicación que nos han facilitado, tenemos más que suficiente.

Nyass dio un paso hacia la pareja, pero ellos dieron media vuelta en el acto y desaparecieron en la oscuridad exterior. El joven dudó un instante y luego se precipitó hacia la puerta, con el fin de convencerles de la imprudencia que cometían al caminar de noche por parajes desconocidos, a través de los cuales él mismo no habría osado aventurarse. Llegó a la veranda y ya no vio a nadie.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Sí que se han dado prisa!

Regresó al interior, desconcertado y extrañado por la actitud de la pareja. Su mirada se cruzó con la de la joven.

—Bueno, si ellos lo prefieren así —dijo, sonriendo un poco forzada.

—A veces se encuentra uno con personas obstinadas —admitió Fanny—. Entonces, lo mejor es apartarse de su camino… o dejar que sigan el suyo. Lo que no acabo de entender es de dónde ha podido salir esa pareja. ¿Se dio cuenta de que los dos eran muy hermosos?

—Demasiado, incluso —contestó Nyass—. Daban la sensación de dedicarse a modelos publicitarios.

—Sí —convino Fanny—; son del género de personas, dueñas de una magnífica apariencia física, por cuyos servicios cualquier empresa pagaría sumas exorbitantes. Él era todo un Apolo.

—Y ella, una Venus.

Nyass y Fanny se echaron a reír. Thorwald dijo:

—De todas formas, usted no tiene nada que envidiar a la mujer.

Fanny se ruborizó.

—Será mejor que me indique dónde debo pasar la noche. Oh, ya sé que lo clásico en estas circunstancias es que el caballero tome un cojín y una manta y se quede en el diván, pero no me gustaría causarle incomodidades, señor Nyass.

Nada de eso —rió él—. La cabaña dispone de una habitación para posibles huéspedes. No quiero que duerma mal, pensando que yo me sacrifico en el diván.

Ella se echó a reír también. Una vez más, Nyass estuvo tentado de preguntarle qué hacía sola y perdida en las montañas, pero no se

atrevió, prefiriendo callar per el momento.

* * *

Fanny Pearce estaba muy cansada. Durmió de un tirón toda la noche, hasta que el sol hubo alcanzado una buena altura sobre las montañas del este. Entonces se levantó, se vistió y, tras un rápido aseo en el pequeño cuarto de baño de la cabaña, se dirigió al salón.

El dueño de la cabaña no estaba. Fanny vio una cuartilla sobre la mesa y, movida por la curiosidad, la tomó, leyendo la nota escrita en la misma:

> *En el refrigerador tiene los elementos suficientes para el desayuno.*
>
> *No se preocupe por mí; volveré pronto.*

Encogiéndose de hombros, Fanny buscó el frigorífico. Momentos después, se sentaba a la mesa a saciar su apetito.

Al terminar, recogió los cacharros y los lavó. Empezó a pensar en la conveniencia de abandonar la cabaña, pero las quince millas que había hasta Lake City la imponían un profundo respeto. ¿No tendría el joven algún medio mejor de transporte?

La puerta se abrió de pronto, antes de que hubiese pedido resolver sus dudas. Se volvió, sonriendo al dueño de la cabaña.

—¡Buenos días, señor Nyass! —saludó—. Se habrá creído que soy una mujer perezosa, ¿no es cierto?

Nyass parecía muy preocupado y no hizo caso de las palabras de la joven.

—Señorita Pearce —dijo—, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—Claro —admitió ella, muy extrañada—. ¿Ocurre algo de particular?

—Según se mire... Dígame, cuando se acercaba a la cabaña, ¿oyó usted un ruido muy extraño, de gran intensidad, como si un cohete pasara volando a baja altura y velocidad subsónica?

—Sí, es cierto —respondió Fanny—. Me preocupó mucho en el primer instante, pero luego lo olvidé. Mi situación, en medio de los bosques, era un tanto peligrosa y me importaba más que cualquier ruido de un vehículo aéreo.

—Comprendo —dijo él —. A mí me dio la sensación de que se

trataba de un avión que iba a estrellarse cerca de aquí, pero no se escuchó el ruido del choque.

Eso es verdad.

Pues bien, esta mañana me he levantado temprano y, después de desayunar, me dediqué a explorar por los alrededores, buscando el sitio aproximado donde calculaba podía haber caído ese aparato. No he hallado restos de ninguna catástrofe, pero sí este objeto.

Se lo enseñó a la muchacha. Fanny tomó con curiosidad lo que parecía ser una linterna eléctrica, algo mayor que las ordinarias, pero sólo en sentido longitudinal, ya que medía casi treinta centímetros de largo por cuatro escasamente de diámetro. Uno de sus extremos terminaba en una especie de semiesfera muy brillante, compuesta por minúsculas facetas que despedían vivísimos destellos, al igual que las caras de un diamante. El extremo opuesto era plano.

Cerca del extremo brillante tenía tres aros rojos, y a unos diez centímetros del opuesto, un aro negro, de un milímetro de grueso, por un centímetro de ancho. En el círculo negro se advertían unas leves protuberancias circulares en número de seis u ocho, que sobresalían otro milímetro fuera del aro negro.

Durante unos segundos, en la estancia reinó un silencio absoluto, sólo interrumpido por el agradable sonido de la música que brotaba del aparato de radio, que Fanny había encendido mientras fregaba los cacharros del desayuno. Pero, en aquellos momentos, ninguno de los dos escuchaba la música.

—Parece una linterna, en efecto —convino la muchacha—. Permítame, señor Nyass.

Fanny tomó el tubo y buscó el interruptor de la luz. Presionó algunos de aquellos salientes, sin obtener resultado alguno de momento.

De repente, al apretar uno de los botones, sonó un débil zumbido. El extremo en forma de diamante se iluminó un poco, con una luz que parecía provenir de su interior.

Nyass lanzó de pronto un agudo grito.

—¡Cuidado! ¡Suelte ese cacharro!

Fanny aflojó la presión en el acto. Durante un par de segundos, había visto brotar del diamante una especia chorro oscuro, como de humo, pero de trazado rectilíneo; un «tubo» gris incorpóreo, a

través del cual podían divisarse parte de los objetos, de cinco centímetros de grueso y de cuyo interior partía el zumbido que escuchaban.

El grito de alarma de Nyass no fue por el chorro del gas misterioso, sino a causa de sus efectos.

Frente a la joven, en la pared del salón, se había abierto un ancho orificio, de casi medio metro, a través del cual se veía la habitación contigua, precisamente la misma en que ella había pernoctado.

La potencia de aquel rayo misterioso era terrible. La pared externa de la cabaña había sido perforada asimismo y allí el orificio alcanzaba un diámetro doble. El bosque se divisaba con toda claridad a través de ambos agujeros.

Thorwald y Fanny se contemplaron, desconcertados y consternados a un tiempo por los terroríficos efectos de aquel aparato, cuyo origen desconocían por completo.

Saliendo de su estatismo, Nyass se lanzó fuera de la cabaña. Dobló la esquina y se situó junto al orificio exterior. Fanny le siguió en el acto.

Algunos de los árboles habían desaparecido, segados materialmente a ras del suelo, el cual, sin embargo, aparecía limpio. No se veían tampoco señales de fuego o chamuscamiento; la materia desaparecida lo había sido como si jamás hubiera existido.

Fanny tenía aún en sus manos el misterioso aparato. Nyass se lo quitó, manejándolo con infinito cuidado.

—No sé qué infernal artefacto es —dijo—, pero desde luego, lo que hay que hacer es no ponerse jamás delante de la esfera brillante.

Fanny asintió en silencio. También ella estaba muy impresionada por los espantosos efectos de aquel tubo, cuyo origen y funcionamiento les resultaba para ambos desconocido en absoluto.

—Entremos —dijo él.

—Prepararé café —sugirió ella—. Creo que lo estamos necesitando. Y con coñac —agregó con sonrisa desvaída.

Guardaron silencio mientras hervía el agua, sin que ninguno de los dos se atreviese a formular el menor comentario acerca del extraño fenómeno sucedido momentos antes. De pronto, la música

se interrumpió para dar paso a un boletín de noticias.

—Última hora —anunció el locutor —. Esta manara, cuando se disponía a despegar del Astropuerto Central la nave «Audaz», se produjo un hecho insólito que llamó la atención de cuantos estaban presenciando el despegue desde los miradores autorizados. La nave ascendió unos cuantos metros, pero descendió casi de inmediato, sin que pudiera elevarse, pese a los esfuerzos del piloto, capitán González. Todos los intentos realizados hasta el momento han resultado estériles y la nave continúa anclada al suelo. Hasta este instante, no se ha averiguado aún las causas de la avería, que los expertos se afanan por encontrar cuanto antes. Las autoridades de Astronáutica investigan celosamente. Seguiremos informando…

Fanny entregó al joven una taza llena de café con coñac.

—Conozco a González —comentó él con gesto pensativo.

—¿De veras?

—Sí. Nos graduamos el mismo día. Le pasará lo mismo que a mí; expediente y ¡al diablo la carrera!

—No sabía que fuera usted astronauta —manifestó la muchacha.

—Capitán de astronave. Mandaba la «Tondonia», cometí un error… y ahora estoy esperando a que se resuelva el expediente. Seguramente me mandarán a archivar fichas en alguna polvorienta oficina —concluyó él en tono amargado.

—No se preocupe —le animó Fanny—. Todos estamos expuestos a cometer un error.

De todas formas —añadió Nyass—, eso importa poco ahora. ¿Se da cuenta de la fabulosa potencia que se encierra en ese tubo? —dijo, volviendo al tema anterior.

Fanny contempló el aparato, situado sobre la mesa. Volvió sus ojos hacia el agujero de la pared y se estremeció.

—Tiemblo de pensar en lo que hubiese podido ocurrir de haber apuntado hacia usted sin darme cuenta —dijo—. ¿Dónde lo encontró?

—A unos doscientos cincuenta metros de la cabaña, hacia el norte. Estaba en el suelo y…

De pronto se envaró. Fanny le miró con renovado interés.

—¿Lo habrán perdido «ellos»? —preguntó la joven, adivinando el pensamiento de Thorwald.

Nyass no tuvo tiempo de contestar. En el mismo instante, sonó

una voz que ya habían escuchado la noche anterior.

—Buenos días. ¿Podemos pasar?

CAPÍTULO III

STUPEFACTOS, contemplaron a la pareja cuyo aspecto no había variado en absoluto.

Parecía lógico que tuvieran que hallarse cansados después de una noche entera de caminar, pero, por el contrario, aparecían frescos, con los rostros casi resplandecientes y sin un solo cabello fuera de su sitio. No había una gota de sudor en sus facciones ni tampoco se advertía en sus bocas la amarga curva hacia abajo de la fatiga.

—Desde luego —dijo el joven, rehaciéndose de la sorpresa recibida—. Soy el capitán Thorwald Nyass. La señorita Fanny Pearce —presentó.

El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Me llamo Myr —contestó—. Ésta es Dysya. Todo con Y griega —añadió.

—Encantados —dijo Fanny—. ¿Quieren pasar y sentarse? Les serviremos algo de comer y de beber… lo que deseen…

—Muchas gracias —repuso Dysya con voz de tono musical—. Tenemos que irnos en seguida.

—¿Es que no encontraron el camino de Lake City? —exclamó Nyass, asombrado.

—¡Oh, sí! —respondió Dysya—. Pero cuando estábamos llegando, nos dimos cuenta de que habíamos perdido algo.

Las miradas de Thorwald y de Fanny recayeron a la vez sobre el tubo que brillaba sobre la mesa.

—Permítanme —dijo Myr.

Thorwald alargó la mano y la colocó sobre el tubo al mismo tiempo que el joven. Durante unos segundos ambos se

contemplaron mutuamente, con los respectivos rostros a dos palmos de distancia.

—Es nuestro —dijo Myr con voz suave.

—No lo dudo, pero nos gustaría que nos explicasen qué es, para qué sirve, cómo lo han construido... y quiénes son ustedes.

—Exactamente eso es lo que queremos saber —agregó Fanny—. Dicen que han llegado hasta Lake City y han vuelto. Son treinta millas a través de las montañas y del bosque. ¿Esperan que nos creamos semejante fábula?

Dysya adelantó dos pasos. Thorwald la miró de frente.

—Han estado usando ese aparato —dijo la joven rubia—. Muy mal; puede producir la muerte a quien no conoce su funcionamiento.

—Queríamos saber, simplemente, de qué se trataba —explicó Thorwald.

—La culpa fue nuestra. Cometimos un grave descuido —dijo Myr.

Pero las manos de los dos hombres continuaban apoyadas sobre el tubo.

—Por favor —dijo Myr.

—No —contestó el joven con firmeza—. No dejaré que se lo lleven hasta que...

Los dedos de Myr se movieron ligera y rápidamente sobre el cilindro. Thorwald sintió algo parecido a la coz de una mula en el plexo solar. Abrió los brazos y se sentó en el suelo, jadeante y sin aliento.

Miró con ojos turbios a Myr. Este había recobrado ya la misteriosa linterna.

—Siento tener que portarme así con ustedes —dijo— Espero que sepan comprender mi situación y nos disculpen. ¿Vamos, Dysya?

—Sí, Myr —contestó la joven.

Haciendo un esfuerzo por dominar la sensación de debilidad que le había acometido, Thorwald se puso en pie, alargando la mano hacia la pareja, que ya cruzaba el umbral.

—¡Esperen! —gritó—. ¡Deténganse! ¡No pueden escapar así!

Myr se volvió y le apuntó con el tubo. La expresión de su rostro no había variado en absoluto.

—Por favor —dijo en tono educado—, no nos obliguen a tomar

decisiones definitivas con ustedes. Hemos venido en son de paz, compréndanlo.

Nyass se frotó el estómago.

—¡Caramba! ¡Si a eso le llaman son de paz, entonces yo soy un lama tibetano!

Myr no supo apreciar el humor del joven.

—No nos sigan —ordenó—. ¡Adiós!

Salieron de la cabaña, dejando a la pareja completamente anonadados. Pero, unos segundos después, Thorwald reaccionó y, tras descolgar su escopeta de caza, que pendía de un clavo junto a la entrada, se precipitó al exterior.

—¡Cuidado, capitán! —chilló Fanny.

El joven no hizo el menor caso de la advertencia. Recorrió la explanada y las inmediaciones rápidamente, con los gatillos a punto, dispuesto para disparar apenas aquella extraña pareja mostrase hacia él el mejor signo de hostilidad.

Pero no pudo encontrarlos, por más esfuerzos que hizo. Myr y Dysya habían desaparecido, como si se los hubiese tragado la tierra.

Regresó a la cabaña profundamente desconcertado.

Fanny aguardaba expectante bajo la veranda.

—Es incomprensible —dijo Nyass, mirándola de frente—. Ni aun corriendo a toda la velocidad posible habrían dejado de ser vistos con tanta rapidez.

La muchacha no sabía qué decir. Pensativo, Nyass apoyó la escopeta en la barandilla, y sacó cigarrillos.

—Por lo visto, el tubo tiene distintos usos —dijo—. No sé qué hizo Myr, pero me sentí golpeado con violencia encima del estómago. Usted lo vio, ¿no es cierto?

Fanny asintió. Su rostro aparecía cubierto por las sombras de la preocupación.

—¿De dónde han venido? —murmuró.

—¿Cómo dice? —se extrañó Thorwald.

Fanny le dirigió una profunda mirada.

—¿Se le ha ocurrido pensar que, tal vez, Myr y no hayan nacido en nuestro mundo?

—Por favor —contestó él con voz crispada—. No nos descarriemos con fábulas absurdas que nadie creería...

—¿Cree usted una fábula el aullido del avión cohete de anoche y

los efectos del tubo mortífero? —le preguntó ella con intención—. Han aparecido y desaparecido casi como por arte de magia y sin usar ningún vehículo. Dicen que fueron y volvieron a Lake City y no se veían cansados ni con señales de haberse pasado la noche recorriendo treinta millas, es decir, casi cincuenta kilómetros... Capitán, a la vista de esos hechos irrefutables, que no son ninguna fábula y de los que usted ha sido testigo presencial y directo, ¿qué es lo que opina?

Nyass expulsó el humo de su pitillo.

—Opino que es lo más raro que me ha pasado en los días de mi vida. Pero lo cierto es que tampoco voy a permitir que el recuerdo de lo ocurrido me amargue la existencia. Ni aunque ellos hayan venido de otro planeta —concluyó de modo tajante.

—Quizá sea una sana manera de pensar —admitió ella—. Y ahora, por favor, ya que no quiere seguir hablando del tema, ¿puedo preguntarle qué medios de transporte debo utilizar para llegar a Lake City que no sean mis piernas?

—Tengo ahí mi helicóptero —ofreció él—. La llevaré yo mismo.

—Le quedaré muy reconocida, capitán.

—Un momento —dijo Thorwald de pronto, mirándola con suspicacia—. ¿Puede explicarme cómo vino a parar aquí?

—Me encontraba de excursión con unos amigos y me perdí —respondió Fanny.

Thorwald dudó unos segundos. Al fin, encogiéndose de hombros, dijo:

—Es una respuesta tan buena como otra cualquiera.

—Es la adecuada —afirmó la muchacha.

—Desde luego —sonrió él—. ¿Vamos?

El helicóptero se hallaba en la parte posterior de la cabaña, resguardado de la intemperie por un gran toldo de plástico. Nyass lo echó a un lado y luego abrió la portezuela del aparato, con capacidad suficiente para cuatro personas.

Presionó el botón de arranque y las dos hélices de que estaba provisto empezaron a girar rápida y silenciosamente. Un segundo más tarde, el aparato se elevaba en el aire.

Las treinta millas que había hasta Lake City fueron recorridas en otros tantos minutos. Thorwald tomó tierra en una explanada situada en los linderos de la ciudad, destinada especialmente a tal

fin.

Saltó al suelo y tendió la mano para ayudar a la muchacha a que hiciese lo mismo.

—Bueno, ya ha llegado a su destino —dijo el muchacho sonriendo.

—Recordaré siempre su amable hospitalidad —manifestó ella—. Adiós, capitán, y ojalá se resuelva su expediente de forma favorable.

Fanny se marchó con paso rápido, perdiéndose a poco tras un grupo de edificios de una sola planta, destinados a los veraneantes y turistas que llegaban para dedicarse a los deportes de la montaña. Thorwald lanzó un suspiro y montó de nuevo en el helicóptero.

—Dysya es una real hembra —murmuró—, pero Fanny parecía más femenina, más mujer, en tanto que Dysya le había dado la sensación de frialdad, incluso de displicencia.

«Parece una chica muy pagada de su hermosura», pensó.

Y en el acto se acordó del tubo misterioso y frunció el ceño, porque con aquel recuerdo volvieron sus preocupaciones.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, los desperfectos causados por la acción del tubo habían quedado reparados. El joven había dejado ya de preocuparse por los incidentes ocurridos y ahora pensaba en dedicarse otra vez a la pesca.

Mientras preparaba los utensilios, tenía la radio encendida. El locutor dijo:

—El suceso de la «Audaz» continúa apasionando al público. En apariencia, según los expertos, la nave se halla en perfecto estado. Repuesto el carburante consumido, se intentó un vuelo de prueba, vuelo que no pasó de los diez o doce metros de altura sobre el terreno de aterrizaje…

—Algún tornillo —dictaminó el joven, meneando la cabeza.

—¡Un momento! —exclamó el locutor—. Acaban de traerme un nuevo informe sobre el caso de la astronave «Audaz». Realmente — añadió—, no se trata de dicha astronave, sino de otra gemela, que ha sufrido una avería similar…

Una voz sonó de pronto en la entrada de la cabaña.

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí adentro?

Thorwald se volvió vivamente. Había un sujeto en el umbral, sobre cuyo pecho podía verse el emblema del cuerpo de mensajeros rápidos.

—Yo soy alguien —contestó el joven de buen humor.

—¿Capitán Nyass? —preguntó el individuo.

—El mismo.

—Aquí tiene, capitán. Un mensaje urgente. Firma el recibo, por favor.

El joven hizo lo que le decían. Entregó dos monedas al mensajero y éste, después de saludar, se marchó. Nyass supuso que habría venido en su helicóptero, por lo que no se preocupó más de él.

Rasgó el sobre y extrajo el mensaje. Su contenido era el siguiente:

Centro de Coordinación de Viajes Espaciales.

Al capitán de astronave Thorwald Nyass.

Urgente. Confidencial.

Preséntese en este Centro sin dilación alguna.

Firmado:
J. Ruppert, Coord. Esp.

CAPÍTULO IV

EJÁNDOSE llevar por la acera deslizante, Thorwald Nyass se acercaba al Centro de Coordinación de Viajes Espaciales, situado a dos manzanas del lugar en que se hallaba.

Se imaginó los motivos de la llamada. Aunque no conocía en persona a Ruppert, sabía que el Coordinador Espacial tenía fama de hablar directamente a los pilotos, tanto para alabarlos como para censurarlos. Y puesto que había sufrido un percance, se imaginaba muy bien la escena que iba a producirse apenas estuviese en el despacho de su jefe.

Iba distraído, contemplando la gente que pasaba por su lado. Junto a los edificios, la acera era fija, tanto para entrar y salir de las casas, como para que se pudiera contemplar lo expuesto en los escaparates de los comercios. De pronto, al pasar por delante de una joyería, creyó ver un rostro conocido.

El mensaje recibido decía «sin dilación alguna», pero Thorwald se olvidó al instante de la orden. Abandonando la acera deslizante, que se movía a ocho kilómetros por hora, saltó a la fija y retrocedió unos pasos.

Miró a través del escaparate. Al otro lado, a dos metros de distancia, Dysya se probaba un magnífico collar de perlas, con una radiante sonrisa de satisfacción en sus rojos labios.

El reconocer a la joven le hizo olvidar, por el momento, todo cuanto le rodeaba. Sin perder un segundo, abrió la puerta de la joyería y penetró en su interior

Un hombre le salió a su encuentro.

—¿Desea algo el señor? —preguntó con amabilidad.

—Nada de lo que aquí se vende —contestó Thorwald con brusquedad en su tono. Apartó al atildado empleado y se acercó a la joven—. ¡Dysya!

Había otro hombre con Dysya. Al oírle, se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—Por favor, caballero...

—Apártese —gruñó el joven—. Dysya —llamó de nuevo.

Ella se volvió, contemplándole con gesto de sorpresa.

—¿Es a mí? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Exactamente —afirmó Thorwald—. ¿Qué hace usted aquí?

—Perdón, no comprendo —dijo la mujer, mostrando desconcierto—. ¿Quién es usted? ¿Por qué se interesa en mis acciones?

Thorwald procuró armarse de paciencia.

—Vamos, vamos, Dysya, no disimule. Usted me conoce de sobra...

—Creo que se equivoca, caballero —atajó la joven en tono glacial—. Mi nombre no es el que usted ha indicado. Soy la señora Harriet Grant.

—¡Pero eso no es cierto! —estalló Nyass—. ¡Yo la conozco a usted!

—Debe de tratarse de un error —indicó en tono untuoso el joyero—, basado sin duda en alguna extraordinaria coincidencia...

—¡Qué error ni qué niño muerto! —bramó Thorwald, empezando a perder la paciencia—. ¡Si lo sabré yo!

La mujer se volvió hacia el dueño de la joyería.

—¡Tiene la bondad de llamar a un agente de policía? Este caballero me está molestando, creyendo que yo soy una dama a la cual él conoce y que, según parece, se me asemeja de modo extraordinario.

—Sí, señora Grant, no faltaría más.

—¡Esperen! —dijo Thorwald—. No es necesario que llamen a la policía; ya me voy ahora mismo. —Miró a la joven de arriba abajo —. ¡Pero usted no es la señora Grant!

Dio media vuelta y salió de la joyería.

Caminó unos cuantos pasos y se apostó en un portal próximo, desde el cual, asomando un ojo, podía ver la puerta de la joyería.

Esperó. Pasaron quince minutos. Luego otros quince.

Consumió cuatro cigarrillos. Al quinto, cuando su período de espera bordeaba ya los tres cuartos de hora, mandó toda prudencia al diablo y salió de su escondite.

Entró en la joyería.

—¿Dónde está la señora Grant?

La pregunta, formulada con energía, iba dirigida al empleado que le había atendido en primer lugar. Pero la respuesta fue dada por el propio dueño de la tienda.

—Se marchó —contestó.

—¿Cómo? —Thorwald estaba a punto de estallar.

—Así es, señor mío —prosiguió el joyero en tono frío.

—¡Pero yo estaba ahí cerca y no la he visto salir!

El joyero sonrió con indulgencia.

—La señora Grant me rogó la ayudase en su tarea de evitar las molestias que podía sufrir con su intempestiva acción. Por tanto, estimando mi deber complacer a una cliente, que acababa de hacerme una espléndida adquisición, le indiqué podía salir por una puertecita reservada que tengo en mi establecimiento. ¿Satisfecho, señor curioso?

Thorwald miró durante un segundo al sujeto. Luego, de repente, giró sobre sus talones y salió, echando venablos por la boca, encolerizado por la burla de que había sido objeto.

Sí, Dysya se había burlado de él lindamente. Por dos veces.

Primero, había negado su identidad. Luego, adivinando sus intenciones, se le había escapado, a fin de que él no pudiera seguirla.

Masculló entre dientes unas cuantas palabrotas que no consiguieron desahogarle. Luego recordó que había recibido una orden y, cuadrando los hombros, como si con aquel gesto quisiera paliar su rotundo fracaso, continuó su camino.

Quince minutos más tarde, entraba en el despacho del Coordinador Espacial.

Japhet Ruppert tendría unos cincuenta años, mediana estatura y complexión casi delicada, que desaparecía apenas se contemplaba la penetrante expresión de sus ojos, semejantes a unas bolitas de acero pavonado. Hallábase parapetado tras una vasta mesa, limpia casi en absoluto de documentos y utensilios propios del lugar.

Sentada en un sillón situado a la derecha de la mesa estaba Fanny Pearce.

Fanny le dirigió una brillante sonrisa. A Thorwald no se le hizo, de repente, tan extraña la presencia de la muchacha en el despacho del Coordinador.

—Señor, señorita... —saludó con rígida cortesía.

—Capitán —contestó Ruppert—, encantado de conocerle y disgustado de su retraso.

—Lo siento, señor. Si me permite explicarle los motivos...

—No le permito nada, por ahora. Siéntese —ordenó el Coordinador.

Thorwald lo hizo en otro sillón frente a la muchacha.

Ruppert juntó las yemas de los dedos y le miró.

—Capitán, ¿ha oído hablar usted de los incidentes producidos en el despegue de la «Audaz» y de la «Anconia»?

—Sí, señor, aunque carezco de más detalles, dado que la radio no ha sido muy explícita. Por otra parte, tampoco me he preocupado mucho por las averías de unas naves que no están a mi cargo.

—No se trata de averías, sino, simplemente, de que no pueden despegar.

Thorwald miró a Ruppert desconcertado.

—No pueden despegar —repitió.

—Así es —insistió el Coordinador—. Pero no son sólo las dos naves mencionadas, sino todas las que disponemos ahora tanto en la Tierra, como en la Luna, Marte y Venus.

—Debe tratarse de una broma —dijo el joven.

—En este despacho nunca se habla en broma, capitán —manifestó Ruppert en tono severo—. Cuando digo que ninguna astronave puede despegar, es que ninguna astronave puede despegar y la frase tiene exactamente todo su valor literal. ¿Me ha comprendido usted?

Thorwald estaba aturdido.

—¡Cinco mil astronaves no pueden sufrir a la vez la misma avería! —exclamó, estupefacto.

Por lo cual, suponemos se trata de lo que podría calificarse de un sabotaje. Sabotaje espacial —añadió enfáticamente el Coordinador.

—¡Cielos! —exclamó el joven—. Eso... eso suena a... casi a fantasía, señor.

—Tampoco las fantasías tienen entrada en mi despacho. Ocurre algo grave, extraño, cuyos orígenes desconocemos casi en absoluto. Y digo casi, porque suponemos se trata del ataque —llamémosle de ese modo— lanzado por unos seres inteligentes y extraterrestres.

—¡Eso parece digno de una novela de ciencia-ficción! —gruñó el joven.

—Las novelas no entran en este despacho —aseguró una vez más el Coordinador—. Cinco mil astronaves están paradas en sus astropuertos y, a medida que van aterrizando, quedan inmovilizadas, sin que ningún esfuerzo humano sea capaz de levantarlas más de diez o quince metros del suelo. Miles de toneladas se consumen en este esfuerzo estéril por completo y la nave acaba por quedar inexorablemente anclada en tierra. Y como en nuestro planeta no existe ningún arma o aparato capaz de neutralizar de modo eficaz cinco mil sistemas impulsores al mismo tiempo, es por 1o que hemos llegado a la conclusión citada.

—¡Dios mío! ¡Es terrible! —exclamó el joven.

—Lo que más nos preocupa de todo es que los expresos intercontinentales, cuya maquinaria y sistemas propulsores son prácticamente análogos a los de las astronaves, continúan funcionando de forma regular. Parece ser como si se nos prohibiese volar por el espacio, ¿me entiende usted, capitán?

—Sí, señor.

—Bien, poco más hay que añadir a ello, salvo que ya hacía algún tiempo que veníamos notando ciertas anomalías en el funcionamiento de algunas de sus naves, la suya, por ejemplo.

—Pero yo me retrasé en el aterrizaje, no estaba despegando en aquel momento —objetó el joven.

—La revisión de los expertos indica que aquel retraso no se puede imputar a ningún error en la maniobra de toma de tierra —dijo el Coordinador—. Tenemos fundadas sospechas para suponer que ese incidente está íntimamente relacionado con los que se han producido en estos días en forma masiva.

Thorwald oyó aquellas palabras con la boca abierta. No encontraba frases de respuesta.

—La presencia de la señorita Pearce en las proximidades de su

cabaña, capitán —siguió Ruppert—, no se debe a una simple casualidad, sino que estaba indagando en busca de posibles elementos del espacio, cuyas actividades, hasta el momento, no parecen que sean favorables al planeta. Naturalmente, la señorita Pearce no es el único agente que tenemos en acción; lo que sucede es que se hallaba entonces en el lugar donde usted estaba pasando sus vacaciones forzosas.

Thorwald dirigió una oblicua mirada a la muchacha. «De modo que agente secreto, ¿eh?», le dijo en silencio; y ella le contestó con una modosa sonrisa, como disculpándose por no haber podido hablar antes.

—Por ese motivo le hice llamar, capitán —explicó el Coordinador—. Usted y la señorita Pearce son, hasta ahora, las únicas personas que han visto a dos seres no terrestres. Puesto que los conocen, a partir de ahora ambos quedan relevados de cualquier otra función que no sea buscarlos, perseguirlos y detenerlos a cualquier costa... pero vivos, por supuesto; muertos no nos servirían de nada. ¿Ha comprendido usted mis intenciones?

—Sí, señor. —Nyass se frotó la mandíbula con gesto pensativo —. Verá, señor, aparte de la que podemos llamar detención forzosa de todas las astronaves, indicio más que suficiente para sospechar de la existencia de esos seres extraterrestres, ¿qué otras pruebas hay de su existencia? Porque ustedes debían saber algo ya, cuando, por lo visto, hace tiempo que tanto la señorita Pearce como otros agentes andaban tras la pista de esos individuos.

—Así es, en efecto —reconoció Ruppert—. Al ojo humano se le puede engañar, pero no a los instrumentos de detección. Hablando claro, hace ya algún tiempo que se venían detectando por las distintas pantallas de radar, diferentes trayectorias de cuerpos volantes que no correspondían a ninguno de los actualmente en servicio en nuestro planeta. Las gráficas de registro han tomado nota puntual de sus viajes, tanto fuera como dentro de nuestra atmósfera, pero lo que no hemos conseguido en ningún momento, a pesar de que, en ocasiones, la distancia del radarista al objeto volante ha llegado a ser inferior a los dos mil metros, ha sido situarlos dentro de campo visual. Creo que sabrá darse usted cuenta clara de lo que he querido decirle con estas últimas palabras.

En aquel momento, Thorwald se acordó del aullido que había

oído poco antes de conocer a Fanny y de las rápidas apariciones y desapariciones de Myr y Dysya. Gotas de sudor frío brotaron al instante de los poros de su frente.

—En resumen, que esos aparatos son invisibles.

—Exactamente —corroboró Japhet Ruppert.

CAPÍTULO V

L salir del despacho del Coordinador, ya en el corredor externo, se tropezaron con un conocido de Thorwald. Era Ramón González, capitán de la «Audaz».

—¿Dónde vives ahora? —le preguntó el joven, tras los primeros y rápidos saludos.

—Avenida Colbert, seiscientos diez —contestó el piloto.

—Está bien. A la noche iremos a verte la señorita Pearce y yo —dijo Thorwald—. No te muevas de casa; quiero hablar contigo largo y tendido.

—De acuerdo.

Descendieron al gran vestíbulo exterior y salieron a la calle. Fanny tenía su helicóptero parado junto a la acera, pero él se opuso a que lo utilizase.

—¿Adónde vamos ahora? —inquirió ella, extrañada.

—A una joyería que hay a dos manzanas de aquí —contestó él.

—Capitán —dijo la muchacha, mirándole con enojo—, si piensa que puede conquistarme por medio de alguna joya...

—¡No se haga ilusiones! —cortó él de mal talante, empujándola hacia la acera móvil—. Sólo quiero que nos digan dónde se hospeda Dysya.

Fanny se sobresaltó.

Dijo:

—¿Cómo? ¿Es que son sus cómplices?

—No lo creo. Sin embargo, cuando una persona adquiere un collar de perlas de gran valor, lo corriente es que el vendedor sepa algo sobre el domicilio del comprador, ¿no le parece?

Y a continuación, mientras se acercaban a la joyería, relató a la

muchacha el incidente ocurrido apenas dos horas antes.

Fanny no tuvo mucho tiempo para meditar acerca de lo que acababa de escuchar. Casi en seguida, llegaron a la joyería.

—Prepárese a exhibir sus credenciales —recomendó Thorwald.

Entraron en la tienda. El empleado frunció el ceño en el acto. Dio media vuelta y se precipitó al interior, a llamar al propietario.

Éste salió medio minuto después, estirándose nerviosamente los faldones del chaqué. En según qué profesiones, se conservaban todavía los antiguos hábitos, al menos mientras se desempeñaba la función, y aquella joyería era una de las más selectas y exclusivas de la ciudad.

A pesar de la presencia de Fanny, el joyero no modificó su expresión hostil.

—Si viene a preguntarme por la señora Harriet Grant…

—Precisamente a eso venimos —le atajó Nyass con brusquedad —. ¿Señorita Pearce?

Fanny abrió su bolso y extrajo del mismo una tarjeta, que enseñó al joyero.

—Soy agente especial del Centro de Coordinación de Vuelos Espaciales —manifestó—. No está obligado a contestar a mis preguntas, pero me ahorrará tiempo a mí y a usted disgustos, si no me obliga a solicitar por visófono un mandamiento judicial de interrogatorio. ¿Está claro?

La nuez del afectado sujeto osciló varias veces con sonoros «gluglús», a la vez que sus ojos expresaban el pasmo que sentía.

—Sí… sí, señorita. ¿Q… qué es lo que desea saber?

—El domicilio de la señora Grant —exigió Fanny en tono conminatorio.

—Hotel Sideral —respondió el joyero.

—Eso es todo, muchas gracias —contestó la muchacha.

Y ya iniciaba la salida, cuando Thorwald la detuvo por un brazo.

—Espere —rogó. Miró al dueño de la tienda —. ¿Cómo le pagó el collar adquirido la supuesta señora Grant?

—En billetes de a mil, señor.

—¿Cuánto valía el collar? —preguntó Fanny.

—Doscientos mil, señorita.

Thorwald silbó por lo bajo.

—Vaya, saben gastárselos —comentó en voz baja. Y entonces,

un maligno diablillo le impulsó a gastarle una pesada broma al joyero, como compensación por la ayuda que había prestado a Dysya—. Pues ya puede hacerse a la idea de que le han pagado con recortes de periódicos, hermano.

—¡Qué! —gimió el hombre.

Pero Thorwald ya empujaba a la muchacha hacia afuera.

—¿Por qué le ha dicho eso? —preguntó ella, una vez en la acera rodante— ¿Cómo puede saber si los billetes son o no falsos?

—Ese granuja impidió que yo echase el guante a Dysya —masculló el joven en tono rencoroso—. Así tendrá algo en qué pensar durante unas cuantas horas.

Fanny se echó a reír al comprender el alcance de la broma del joven y su risa se duplicó cuando se imaginó al frenético joyero examinando con meticulosidad cada uno de los supuestos billetes falsos.

Media hora más tarde, llegaban al hotel Sideral, quizá el más lujoso de la ciudad.

—¿No tienen aquí respirómetros? —masculló él, mientras avanzaban hacia la recepción, sobre una alfombra en la que sus pies se hundían hasta los tobillos.

—¿Qué dice usted? —preguntó Fanny, asombrada.

—Sí. Es un aparato que se cuelga a cada huésped mientras permanece en el interior del hotel. Así luego, en la cuenta, le facturan los metros cúbicos de aire que ha respirado.

—Es usted incorregible —dijo ella, meneando la cabeza.

Llegaron al mostrador. Thorwald evitó mirar al encargado de la recepción, que parecía un maniquí viviente. Dejó que fuese Fanny la que llevase el peso del interrogatorio.

La chica sacó a relucir de nuevo su tarjeta profesional y repitió la misma fraseología relativa al mandamiento judicial. El gomoso recepcionista contestó, con voz aflautada, que no hacía falta nada de eso y que se mostraba dispuesto a colaborar con ellos.

—Entonces, díganos cuál es la habitación de la señora Grant.

—Perdón —contestó el meloso sujeto—. La señora Grant abonó su cuenta hace quince minutos y se marchó.

Thorwald descargó su puño contra el mostrador.

—¡Maldición! —juró, asustando al empleado.

—No se excite —aconsejó Fanny—. ¿Dejó su nueva dirección?

—No, señorita; no dijo dónde pensaba dirigirse.

Fanny volvió los ojos hacia el joven, como pidiéndole consejo. Thorwald reflexionó en silencio durante algunos instantes, y luego preguntó:

—¿Y el individuo que iba con ella?

—¿Se refiere usted al señor Grant? Se marchó con su esposa, quiero decir, la señora Grant, naturalmente.

El joven ordenó:

—Descríbamelos.

El recepcionista obedeció.

—Son los mismos, no cabe duda —dijo Fanny.

—Un momento —exclamó él—. Sus fichas de registro, por favor.

El empleado se las entregó: «Señor y señora Ray Grant, ella Harriet, procedentes de París, 19, Avenue de Wagram». No se hacía indicación de profesión ni de motivos del viaje.

—Esto no nos dice nada —gruñó el joven—. Yo también podría haber llenado una ficha semejante.

Y ya se las iba a devolver al recepcionista, cuando, de pronto, captó un extraño detalle en una de las fichas.

Había una diminuta mancha de algo que tenía un color gris oscuro, con bordes algo difusos, situado un poco más abajo de la firma de la mujer.

—Una lupa, por favor —pidió impaciente.

El recepcionista se la trajo segundos después.

—Mire usted, Fanny —dijo el joven—. Grasa.

—¿Grasa? —repitió ella, asombrada, a la vez que tomaba la lupa —. Será de la archivadora automática.

Thorwald hizo un gesto ambiguo.

Creí que podría tener alguna importancia —murmuró—. Ahora, subamos a su habitación, es decir, si no está ocupada —se dirigió al recepcionista.

—No, señor; aún está libre. —Tomó las llaves—. Haré que les acompañen…

—Gracias; ya la encontraremos nosotros.

Tomó el brazo de la joven y la empujó hacia el ascensor. Momentos después salían al corredor deseado.

Thorwald buscó el número correspondiente y abrió la puerta. Tratábase de una «suite» de lujo, cuyo importe diario le hizo

estremecer sólo con pensarlo.

—Revise usted el saloncito —indicó.

Él siguió hasta el dormitorio, una vasta pieza decorada con magnífico gusto, ante cuya entrada se detuvo un momento, como calculando por dónde empezar el registro.

Media hora más tarde, tuvo que convencerse que no había quedado el menor rastro de aquellos dos seres que consideraban extra terrestres. Fanny llegó al dormitorio y le dirigió una mirada llena de decepción.

—Hablando crudamente, nos han engañado como a chinos.

Fanny suspiró.

—Es cierto —convino—. Usted la vio a ella y se vino corriendo al hotel a buscar a su marido. Abonaron la cuenta y escaparon… ¡y vaya a encontrarlos ahora! Habrán bastado dos pelucas oscuras, unas gafas de color y un bigote postizo para el varón, para que no podamos hallarlos jamás.

Thorwald movió la cabeza mostrando su conformidad.

—Va a ser difícil, muy difícil —murmuró—. Bueno, aquí no tenemos nada que hacer… Oiga, ¿qué es eso? —exclamó de pronto, señalando hacia la cabecera del lecho.

En la impoluta blancura de la almohada se veía una manchita circular como de un centímetro de diámetro. Thorwald se inclinó para examinarla con más atención.

—Grasa —murmuró.

—Y también en la tarjeta de registro —dijo Fanny, muy pensativa—. ¿Qué misterioso aparato llevan encima que tiene un desperfecto por el cual pierde algo de lubricante?

—Vamos abajo —dijo él, obedeciendo a una repentina inspiración.

Regresaron al mostrador de recepción. Thorwald formuló una pregunta.

—No, señor —contestó el empleado—. Los señores Grant no llevaban en la mano ningún aparato extraño. Incluso la pluma con que firmaron pertenece al hotel. Su equipaje lo sacó al exterior un botones.

Thorwald y Fanny se miraron desconcertados.

—Esa ficha —dijo él, tras unos segundos de recepción—, ¿estaba limpia cuando usted se la entregó para que la rellenaran?

—Sí, señor. Ya lo creo —contestó el recepcionista en tono engolado.

—Haga el favor de dármela —pidió el joven—. Enviaremos la cartulina a los expertos para que analicen la grasa. Es una posibilidad remota, casi utópica, podría decirse, pero no podemos desperdiciar cualquier detalle, por insignificante que pueda parecemos.

Fanny se mostró de acuerdo con las palabras del joven. Thorwald guardó la cartulina y luego abandonaron el hotel.

—Es difícil luchar contra unos seres que poseen la facultad de desvanecerse como fantasmas en cualquier lugar y momento dijo él, bastante desanimado—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos, si no tenemos la menor idea del lugar al que han podido dirigirse ellos? No creo que podamos encontrarlos.

Fanny no supo qué contestar. Se hallaba tan desorientada como él.

Entregaron la tarjeta a Ruppert, el cual prometió enviarla al laboratorio cuanto antes. Cuando terminaron, anochecía.

—Vamos a casa de González —dijo él.

—¿Cree que su amigo podrá decirle algo?

—No sé qué sabrá respecto a este asunto, pero quiero que me cuente con todo detalle lo que !e ocurrió cuando vio que no podía despegar con su nave —respondió Thorwald.

Era ya de noche cerrada cuando llegaron al domicilio de González.

La puerta del apartamiento estaba entreabierta. Sin saber por qué, Thorwald notó un oscuro presentimiento.

Momentos después, sus sospechas se confirmaban. González había desaparecido.

CAPÍTULO VI

O sólo fue el haber hallado la puerta sin cerrar, sino también algunos muebles volcados los indicios que les hicieron ver sin lugar a ningún género de dudas que González había sido secuestrado.

—¿ Por quién ? —preguntó Fanny.

—Yo le daría a usted una respuesta, señorita Pearce, pero me parece demasiado fantástica. ¿Qué tiene que ver mi amigo Ramón con esos dos sujetos?

—En apariencia, nada, pero... —Fanny se mordió los labios, a la vez que paseaba la vista en torno suyo, como si quisiera hallar algún indicio delator del lugar al cual había sido trasladado el piloto—. Después de lo que ha pasado, no me extrañaría en absoluto, capitán —afirmó.

Sin decir nada, Thorwald se fue al cuarto de baño y lo examinó a fondo, sin omitir el menor detalle. Sus esfuerzos resultaron inútiles.

—Llame al Coordinador y dele cuenta de lo ocurrido —dijo—. Pida que envíen expertos para el análisis de posibles huellas dactilares. Si fueron Myr y Dysya, no usaban guantes.

—De acuerdo —contestó ella.

Mientras Fanny hablaba con Ruppert, Thorwald continuó su registro. Al cabo de unos minutos, su paciencia se vio recompensada con el hallazgo de una manchita circular de grasa, análoga a las que ya había visto.

La mancha estaba en el suelo, a media distancia entre la cama del piloto y la puerta de entrada a la estancia.

—¿Tiene usted lápiz de labios en su bolso? —preguntó él.

Fanny se lo entregó, extrañada de la petición. Thorwald quitó la

tapa del tubito y marcó en el suelo una circunferencia en torno a la manchita.

—Así evitamos que la pise alguien en un momento de descuido —explicó, mientras devolvía el carmín a la muchacha.

—¿Aguardamos a los expertos? —preguntó ella.

—No sé qué decirle. Voy a continuar buscando... Si supiese que fueron ellos... ¿Dónde diablos se habrán metido? —masculló Thorwald en tono rabioso.

Entró en la cocina. Un taburete aparecía volcado y lo levantó de modo maquinal, muy preocupado por la ausencia de su amigo. De pronto notó que tenía sed y abrió el frigorífico.

Un papel se desprendió de la contratapa del aparate y revoloteó por el aire. Thorwald se agachó a recogerlo con un gesto instintivo.

Un momento después, soltaba un grito que hizo temblar los vidrios.

Fanny apareció en la cocina, asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, excitada.

Thorwald blandió el papel con aire triunfador.

—¡Buen muchacho ese Ramón! —exclamó jubiloso—. ¡Miré, nos ha dejado la indicación del lugar donde podemos hallarlo!

Fanny le arrebató el papel, que había quedado sujetó por el borde hermético, en la parte superior, contra la cara interna del frigorífico. Al abrirlo, cesó la presión que lo mantenía sujeto y cayó al suelo.

—Debió de aprovechar un momento de descuido de sus captores y dejó esta nota —dijo él, muy contento—. Y lo bueno de todo es que yo sé dónde está ese sitio que él indica.

La chica leyó las letras escritas con trazos rápidos y nerviosos. Eran dos palabras tan sólo:

Villa Dolores

—Esto parece el nombre de una residencia campestre —opinó ella.

—Justamente. Y vamos a dirigirnos hacia allí en seguida. No sé por qué han raptado a mi amigo, pero es indudable que no nos esperan. ¡Vamos!

Antes de salir, la muchacha tuvo tiempo de hablar unas palabras

con el Coordinador, al que dio cuenta de lo que había sucedido. Luego, en unión de Thorwald, abandonó el edificio.

* * *

El río se deslizaba como una cinta de plata bajo la luz de la luna, flanqueado por una doble hilera de álamos, cuyas ramas se curvaban a veces al recibir el suave influjo de la brisa nocturna. Tras ocultar su helicóptero al otro lado de una colina próxima, Thorwald y Fanny avanzaron en silencio hacia el cuadro amarillo que se veía a lo lejos, a poca distancia de la ribera.

El espeso césped que cubría el suelo amortiguaba sus pasos. Un grillo desgranaba su monótona canción, mientras el río corría suavemente con un murmullo apenas perceptible.

Algo se elevó de repente en el aire, aleteando con fuerza, a la vez que emitía un graznido de protesta. Fanny dejó escapar un gritito de susto y se abrazó al joven.

—Tan sólo era una lechuza —sonrió Thorwald. Pero no por ello hizo la menor mención de separarse de la joven.

—Entonces —replicó ella con burla—, ya es hora de que me suelte, tipo fresco.

Thorwald rió en silencio. Luego, sus facciones se contrajeron.

—Ellos poseen un arma de una potencia fabulosa —murmuró—. ¿Con qué demonios vamos a defendernos, si nos atacan?

—Espere —contestó Fanny—. Yo tengo algo.

Thorwald tomó con dos dedos la minúscula pistolita que le entregaba la muchacha.

—Les hará más daño si se la tiro a la cara —dijo en tono despectivo.

—Más daño, posible, pero no mayores efectos. Dispara proyectiles anestésicos.

—¡Eso es astucia! —alabó Thorwald en tono burlón.

Y, de repente, dejó escapar un gruñido de dolor.

—¿Por qué se queja? ¿Le he pisado un callo? —preguntó ella en el mismo tono irónico.

—No se trata de un callo, sino de mis narices —contestó él—. Cualquiera diría que me acaban de dar un portazo en pleno rostro.

—Capitán, ¿se encuentra bien? —exclamó Fanny, alarmada por aquella incongruente respuesta.

—Venga acá. Déme su mano.

Fanny obedeció, no sin cierta aprensión. Thorwald la agarró por la muñeca e hizo que el brazo de la chica se proyectase un poco hacia delante.

—¿Nota usted algo? —preguntó.

Fanny le miró desconcertada.

—Una superficie dura y lisa —contestó.

—Exactamente. Eso mismo es lo que ha estado a punto de hacerme polvo mi apéndice nasal.

—Pero no hay nada delante de nosotros —arguyó la chica—. La luz de la casa se ve...

Fanny calló de repente, consternada por el descubrimiento que acababan de hacer.

—¡Dios mío! —musitó, aterrada—. ¿Será posible que...?

Thorwald extendió los brazos y tanteó a derecha e izquierda.

—Parece una superficie esférica —dijo—. ¿Cómo diablos conseguirán que se pueda ver a través de este aparato, como si no existiese?

Fanny se había recobrado ya en parte.

—¿Es posible calcular sus dimensiones? —preguntó.

La altura, no sé; no llego ni poniéndome de puntillas. En cuanto a la anchura, opino que debe de alcanzar los siete u ocho metros.

Dio una vuelta completa alrededor del invisible artefacto, contando los pasos, que resultaron ser unos treinta. Un rápido cálculo, le indicó que la esfera, al menos a la altura, de sus manos, tenía diez pasos de diámetro, es decir, entre siete y ocho metros. La curvatura continuaba por encima de su cabeza, lo cual le dijo que el diámetro real del aparato esférico debía de ser bastante mayor, una docena de metros por lo menos.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Fanny.

—Si pudiéramos marcar el punto donde se encuentra el artefacto —murmuró él.

Fanny volvió la cabeza a derecha e izquierda.

—Lo más que podemos hacer es fijarnos en que se encuentra justo frente a esos tres álamos relativamente aislados, que están a orillas del río. Es el punto de referencia más adecuado, a mi entender.

—Sí, claro —admitió él. Dirigió la vista hacia el rectángulo luminoso, situado a cincuenta metros de distancia—: Bueno, vamos

allá.

Fanny tanteó hasta agarrarse al brazo izquierdo del hombre. Se acercaron a «Villa Dolores», caminando junto a los árboles, a fin de protegerse con las sombras de éstos de las posibles miradas de vigilancia de Myr o Dysya. No obstante, pudieron aproximarse a la casa sin ser advertidos.

Thorwald caminó pegado a la pared, hasta llegar junto a la ventana. Asomándose un poco, pudo ver a González sentado en una silla, atado de pies y manos.

Dysya estaba frente a él, en un diván, mirando a todas partes y ninguna a la vez, con expresión ausente. Myr se hallaba en pie, sumido en una singular inmovilidad.

—¿Qué les pasa? —preguntó Fanny con un susurro.

—No lo sé, pero veo que no tienen a mano ese misterioso tubo —contestó él —. Esto nos va a conceder cierta ventaja, al menos en los primeros momentos. Sigamos.

Dieron la vuelta a la casa y encontraron la entrada. Nyass abrió la puerta y entró con el revólver por delante.

Atravesó el pequeño vestíbulo y luego se detuvo ante la puerta del salón donde estaba González con sus raptores. Asió el pomo con la mano izquierda, mientras la derecha se crispaba en torno a la pistolita que le había entregado Fanny.

De pronto pegó un empujón a la puerta y se precipitó en la habitación, blandiendo el arma, al mismo tiempo que gritaba:

—¡No se muevan o haré fuego a matar! ¡Están detenidos en nombre de la ley!

González dormitaba con la cabeza inclinada sobre su pecho. Se despertó sobresaltado al oír el grito del joven y lanzó una exclamación de alegría:

—¡Thorwald!

—Un momento, Ramón —contestó el joven, sin quitar la vista de !a pareja de secuestradores—. Deja que me las entienda con esos dos... ¡Fanny!

—¿Capitán?

—Haga el favor de desatar a mi amigo. Ramón, te presento a la señorita Pearce. Fanny, mi amigo el capitán González.

—¿Qué tal? —saludó la muchacha.

—Hola, ángel —rió el astronauta.

—Bueno, ¿qué diablos les pasa a esos que no contestan? —preguntó el joven extrañado—. ¡Myr! ¡Dysya! —les llamó.

Ninguno de los dos hizo mención de haberle escuchado. Ambos continuaban en sus respectivas posturas, inmóviles, por completo como si fueran cadáveres.

—Están así desde pocos momentos después de haberme traído hasta aquí —indicó González, levantándose de la silla en que había permanecido hasta entonces.

—¿Has hablado con ellos? —inquirió Thorwald.

—No, desde que me ataron. Intenté hacerlo, pero me cansé al ver que no me respondían.

—¡Qué raro! —comentó el joven.

Se acercó a la mujer y le tocó en el hombro una o dos veces.

—¡Dysya! ¡Dysya! —llamó.

Ella permaneció callada. Thorwald, entonces, le tomó una mano, con ánimo de agitarle el brazo un poco, a fin de hacerla reaccionar por aquel medio.

Enormemente sorprendido, se dio cuenta de que no podía mover la mano más allá de un par de centímetros. En cuanto al brazo, no consiguió arrancarlo de la posición en que se hallaba, por más esfuerzos que realizó.

—¿Estarán sumidos en un estado de catalepsia? —sugirió Fanny.

De repente, Thorwald se dio cuenta de un detalle que llenó su mente de preocupaciones.

—¡Fijaos ! —exclamó—. ¡No respira!

—¿Qué! —gritó Fanny sin aliento.

—¡Mi madre! —exclamó González.

Presa de mía súbita inspiración, Thorwald apoyó su mano derecha en el pecho de Dysya, sin conseguir captar los latidos de su corazón. Al cabo de unos segundos de expectante silencio, se volvió hacia sus acompañantes.

—Fanny, ¿recuerda usted las manchitas de grasa que hemos hallado en, por lo menos, tres sitios?

—Sí, claro —respondió ella.

—Cuando una persona sufre una herida con laceración de tejidos, deja caer al suelo algunas gotas de sangre, en especial si la herida no es grave. Hablo de un sencillo corte o cosa por el estilo.

—Desde luego —convino la muchacha.

González escuchaba sin comprender.

—Bien, por la misma razón, cuando una máquina sufre determinado tipo de avería, tiene a veces escapes de aceite.

Thorwald calló, dejando que el significado de sus palabras fuese penetrando en el cerebro de Fanny y de González. De súbito la muchacha se puso la mano en la boca, a la vez que miraba a Dysya con ojos desorbitados por el espanto.

—¡Dios mío! ¡No! ¡Eso sería...! ¡Ellos son unos...!

El horror que sentía le impidió completar la frase con la palabra adecuada.

CAPÍTULO VII

RAN unos robots.

—No podía ser de otra forma —añadió Thorwald momentos después—. Confieso que la existencia de aquellas manchas de grasa me dio que pensar; incluso se me ocurrió esa remotísima posibilidad, pero la deseché, porque me pareció de una fantasía desbordante. No dije nada, temiendo hacer el ridículo; pero, para bien o para mal, aquellas suposiciones han sido confirmadas.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —exclamó Fanny.

—Lo primero, tomarnos unas copas —dijo González—. Estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Y a continuación nos contarás lo que te ha sucedido —añadió Thorwald.

González preparó las bebidas. Una vez hubieron tomado los primeros sorbos, empezó a hablar.

—Ignoro cómo se enteraron de mi domicilio, pero, en todo caso, eso no resalta difícil, habida cuenta de que mi nombre figura en las guías visofónicas. Bueno, abreviando, el caso es que esos dos tipos se me presentaron en casa, bajo la excusa de que eran periodistas y querían información sobre el asunto de la «Audaz».

«Yo —siguió el piloto— les contesté que no tenía autorización para hacer manifestaciones en tal sentido. El tipo me ofreció entonces unos puñados de billetes... era pamema [1]pura; sólo querían entrar en materia, cuando, el sujeto sacó una especie de linterna y, sin tocarme siquiera, empecé a sentir en el cuerpo una serie de puñetazos, algo así como si me estuviesen golpeando unos boxeadores invisibles, que me dejaron para el arrastre.

«Cuando estuve bien «blando», me dijeron que querían llevarme

con ellos. Intenté resistirme en una o dos ocasiones, pero de nuevo volvieron a emplear su puño invisible. Al fin tuve que rendirme; no había quien luchara contra aquella arma fabulosa. Entonces se me ocurrió una idea: dije que si no tomaba una copa, tendrían que llevarme ellos en brazos. Me permitieron ir a la cocina; él se quedó vigilando en la puerta, pero pude escribir rápidamente dos palabras en un trozo de papel y colocarlo en la parte interior de la puerta del frigorífico. Me imaginaba que tú y la señorita Pearce vendrías a verme y cuando os encontraseis con algunas sillas volcadas empezaríais a recelar algo. Yo sabía que tú conocías este escondite...

—Pero ¿cómo conseguiste traerlos hasta aquí —preguntó Thorwald—. González sonrió con malicia.

Parecían un poco inseguros acerca del lugar donde debían llevarme. Entonces les sugerí que, si lo que querían era un sitio donde pudieran estar sin ser vistos, yo se lo indicaría con mucho gusto; si no les agradaba, añadí, siempre estarían a tiempo de buscar otro. «Villa Dolores» está un poco aislada. Yo sabía que les gustaría y... Bueno, llegamos aquí, me ataron... se pusieron ahí, donde les estáis viendo y hasta ahora.

—Es extraño —murmuró Thorwald con gesto pensativo—. ¿Por qué habían de secuestrarte a ti en particular?

González despachó su copa.

—Si no es por algo que se refiera a la imposibilidad de despegar con mi nave, yo no lo entiendo tampoco —contestó.

—Oiga —exclamó Fanny de pronto—, esos robots no llevan encima la linterna.

—Se la habrán dejado en su cacharro volador —contestó González.

Recordando la espera que se hallaba en el exterior, Thorwald preguntó:

—¿Has visto tú el artefacto, Ramón?

—No. Ese tipo —señaló a Myr— hizo algo con su maldito tubo y me privó de la visión y del oído. Sólo podía caminar y no recobré esos sentidos hasta que hubimos salido fuera del aparato. Desde luego, la velocidad de traslación es fabulosa; estuvimos aquí en dos o tres minutos, apenas les hube indicado la situación de la casa.

Thorwald se puso en pie y se paseó lentamente por la estancia.

—El aparato está fuera, pero resulta invisible —dijo.

Miró a la pareja de robots

—Hay algo que me preocupa sobremanera.

—¿Qué es, capitán?

—Si Myr y Dysya han resultado ser unos simples robots, por muy perfeccionados que estén, resulta evidente que no obran por sí, sino obedeciendo órdenes de algún ser inteligente, cuya posición no conocemos en absoluto.

Hubo una pausa de silencio. Fanny y González trataban de analizar las palabras del joven.

—¡Demonios! Lo que dices resulta demasiado fuerte, Thorwald —exclamó González.

—¿Se te ocurre a ti alguna otra explicación? —preguntó Nyass.

—No, claro que no. Es fuerte... pero lógico.

—Yo opino igual —terció Fanny—. Ahora bien, ¿dónde están los digamos dueños de Myr y Dysya?

—Sus naves han sido detectadas, pero no vistas —manifestó Thorwald—. Nosotros hemos tenido ocasión de comprobarlo en forma práctica. A mi entender, lo más probable es que se hallen en algún lugar del espacio, posiblemente en un punto donde el tránsito de astronaves sea mínimo, a fin de evitar colisiones catastróficas.

Fanny arrojó una mirada oblicua a los a los inmóviles robots.

—Y ellos no nos pueden decir nada —manifestó, desalentada.

De nuevo volvió el silencio. Al cabo de un minuto de reflexión, Thorwald se volvió hacia su amigo.

—Ramón, ¿dónde está el visófono?

—Lo siento, Thorwald. Cuando vengo a «Villa Dolores» es a descansar; no me gusta que me importunen con llamadas y mucho menos que me arranquen de mis vacaciones para un vuelo inesperado.

—Podemos usar el de su helicóptero, capitán —sugirió la muchacha.

Thorwald meneó la cabeza.

—Sólo tengo receptor —contestó—. Temo que habremos de regresar a la ciudad para dar cuenta en persona de lo ocurrido.

—Pero nos llevaremos a los robots —exclamó González.

—Claro. Iremos un poco apretados en mi aparato, aunque no será una molestia excesiva, habida cuenta de que ellos no se

mueven ni molestan.

—¿Y si, valga la frase, «se despiertan» durante el viaje? —preguntó la muchacha.

—Tendremos que correr ese riesgo, no nos queda otro remedio. ¡Esperad un momento! Por si acaso...

Se acercó a Dysya y, arrodillándose a su lado, empezó a manipular en la hebilla de su cinturón, el que pasó a su poder segundos después. Myr fue también desposeído del suyo, y los dos pasaron a manos de Fanny.

—Ramón, carga con un robot —ordenó el joven.

—Conforme.

Pesaban menos de lo que aparentaban por su tamaño. El transporte resultó un poco difícil, debido a la envarada postura en que habían quedado los robots.

Salieron de la casa y caminaron en la oscuridad. Al llegar a las inmediaciones de la esfera, Thorwald se detuvo unos instantes.

—Pensar que ese aparato está ahí y no podemos llevárnoslo...

—¿No habría medio de engancharlo a una eslinga y arrastrarlo a remolque por el aire? —preguntó González.

Thorwald analizó las palabras de su amigo.

—Una eslinga, no, pero una gran red, sí. No veríamos el aparato; sin embargo, con un helicóptero de transporte...

De pronto notó algo extraño en el robot que transportaba. González lanzó un agudo grito, anticipándose a él por fracciones de segundo.

—¡Diablos! ¡Esto quema!

A través de las mangas de su traje, Thorwald notó una anormal elevación en la temperatura del robot. En un segundo más, se dio cuenta de que le resultaba insoportable sostenerlo.

—¡Suéltalo, Ramón! —ordenó.

González no se hizo rogar. De pronto, vieron que los dos robots adquirían un tono rojo pronunciado, como el del hierro en sus primeras fases de calentamiento.

—¡Fuera! —gritó Thorwald—. ¡Alejémonos de aquí, pronto!

Apenas había pronunciado estas palabras, los robots empezaron a arder con vivísimas llamaradas, de un deslumbrante resplandor, al mismo tiempo que del interior de sus cuerpos brotaban una serie de fuertes detonaciones, semejantes a disparos de rifle.

Un segundo después, vieron encenderse una gran esfera de fuego.

—¡Es el aparato volador! —gritó Fanny.

La esfera corrió la misma suerte que los robots. Ardió con feroz llamarada, que no se podía contemplar sin grave riesgo para las pupilas, mientras que de su interior brotaban una serie de estampidos más fuertes que los anteriores.

Thorwald, Fanny y González huyeron de aquel lugar a la carrera. Tropezando en ocasiones, cayéndose y levantándose en el acto, acabaron por ganar la suficiente distancia para no temer nada de aquellos misteriosos incendios, cuyos orígenes no alcanzaban a comprender.

Desde un lugar seguro, presenciaron la destrucción de los misteriosos artefactos. Poco después, se apagaron las llamas y cesaron las detonaciones.

Sus ojos se habituaron de nuevo a la luz de la luna. Cuando creyeron que había pasado el peligro, regresaron al lugar de los incendios.

La hierba aparecía quemada y el suelo calcinado, incluso vitrificado en algunos sitios, lo cual significaba que las temperaturas producidas por la combustión habían sido altísimas.

Pero de la esfera ni de los robots quedaba rastro alguno.

Durante un buen rato, ninguno de los tres se atrevió a despegar los labios. Fue González el primero que resumió el pensamiento común de todos.

—¡Nos la han jugado de puño! —comentó, con frase ruda, pero harto gráfica.

—De todas formas, no se ha perdido todo —dijo Thorwald.

—Es cierto, pero hemos de tener en cuenta una cosa. —Levantó unos objetos en alto—. Sus cinturones han quedado en nuestro poder. Y esto quizá sea la base para poder iniciar un contraataque que nos permita derrotarles de manera concluyente —profetizó.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VIII

INCO MIL astronaves continúan ancladas en tierra, en los distintos astropuertos del Sistema Solar, con los consiguientes quebrantos para el comercio interplanetario que, de prolongarse la actual e inexplicable situación, sufrirá un durísimo golpe del que le resultará muy difícil recobrarse, si acaso llegara a conseguirlo. En algunos puntos, la situación es realmente crítica y amenaza con producir graves perjuicios, tal como sucede en la estación astronómica de Titán, a la que hace una semana deberían haber llegado los suministros ordinarios de víveres y demás elementos necesarios para cubrir sus necesidades. Imposibilitados de enviar una nave...

Furioso, Thorwald se puso en pie, cruzó la estancia y apagó el televisor. Fanny, con una copa entre las manos, le dejó hacer en silencio, sin interrumpirle, a fin de no provocar un aumento peligroso en su tensión interna.

—¡Y no podemos hacer nada! —exclamó Thorwald, en tono irritado.

—Esperar —contestó Fanny.

—Esperar ¿a qué? —gruñó él.

—A que vengan. Destruyeron los robots y la esfera voladora, pero nos quedamos con dos cinturones. No conozco —siguió la chica— la psicología de los otros seres nacidos fuera de la Tierra, aunque me imagino que, en algunos extremos, será más o menos análoga a la nuestra.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él. Ya se tuteaban.

Fanny calló unos instantes.

—Ponte en su lugar —dijo al cabo—. Imagínate que no quieres que unos enemigos tuyos —por lo menos, no amigos—, se apoderen de tus más importantes secretos. Por la razón que sea, han conseguido hacerse con unos aparatos, cuyo manejo y peculiaridades desconocen, pero que con el tiempo acabarán conociendo. Si dispones de medios, los destruirás mediante el sencillo expediente de una onda de radio, que activará un dispositivo de autodestrucción, ya preparado a tal fin. Pero entonces te das cuenta de que no has conseguido destruir todos los aparatos que pasaron a manos de tus «no amigos». ¿No trataríais de recuperarlos?

Thorwald arrojó una mirada oblicua a los cinturones que estaban sobre el diván de la estancia.

—Es posible —convino—. No había caído en semejante posibilidad. Pero, ¿cómo podían saber ellos que nos llevábamos a sus robots?

—No estoy en situación de responderte—dijo ella—. Todo lo que he hablado hasta ahora no son sino meras especulaciones, aunque opino que hay una buena parte de verdad en las mismas.

Thorwald se acercó al diván y tomó uno de los cinturones, examinándolo con suma atención, pese a que ya lo había hecho en ocasiones anteriores.

El cinturón medía unos doce centímetros de ancho, por uno de grueso, y fabricado de una sustancia muy flexible, aunque era algo más pesado de lo que indicaba su apariencia externa. La hebilla resultaba fácil de abrir y cerrar, mediante una simple presión de los dedos, y los dos lados de ella tenía sendos sectores metálicos, de forma cuadrada y del ancho del cinturón, en el cual se advertían ciertas protuberancias, análogas a las que habían notado en el tubo de energía, que se había consumido junto con la espera voladora.

—Me pregunto —dijo el joven— para qué diablos podrán servir estos cinturones.

—Un adorno de la indumentaria —opinó Fanny.

—Es posible —admitió él—. Pero no me parece muy probable, sin embargo.

—¿Por qué? —quiso saber la muchacha.

Los llevaban puestos unos robots, recuerda.

—Lo cual no impidió que uno de ellos, con toda coquetería,

adquiriese un magnífico collar de perlas.

Thorwald abrió mucho la boca.

—¡Es verdad! exclamó—. ¿Dónde habrá ido a parar ese collar?

Fanny emitió un suspiro lleno de melancolía.

—Se quedaría en la esfera y...

De repente, Thorwald se colocó el cinturón. Abrochó la hebilla y lo miró un instante, agachando la cabeza para ello.

—Esto debe servir para algo —dijo—. Fue una suerte que no los dejásemos puestos en los robots.

—Si tienen alguna utilidad, nosotros no estamos en condiciones de averiguarlo, Thorwald. —Fanny se puso en pie—. Bueno, ¿quieres que prepare un poco de café?

—Sí, claro —contestó él, distraído.

Fanny se puso en pie y salió de la habitación. Thorwald quedó allí, muy ocupado con el cinturón.

Pasaron algunos minutos. De pronto, decidió que los botones que se veían a ambos lados de la hebilla, debían de tener algún objeto. En el primer instante, vaciló, temeroso de desencadenar unas fuerzas de naturaleza desconocida, pero de cuya potencia no podía dudar. Luego, inspirando profundamente, como para darse ánimos a sí mismo, oprimió el primer botón.

No ocurrió nada. Ni fogonazo, ni sacudida eléctrica, ni explosión.

—Bueno —murmuró. Y puso el dedo sobre otro botón.

Todo seguía igual. Ahora empleó la mano izquierda para hacer presión sobre los botones del lado opuesto. En total, había seis a cada lado, todos los cuales presionó, sin obtener resultado alguno aparente.

—Deben de ser algún adorno —murmuró.

En aquel momento entró Fanny con una bandeja en las manos.

—El café está ya... ¡Thorwald! ¿Dónde estás?

Nyass levantó la cabeza.

—Aquí, Fanny —contestó con naturalidad.

—¿Aquí? Vamos, no me tomes el pelo —dijo ella—. Sal de una vez y deja de jugar al escondite como un chiquillo.

—Te aseguro que no he salido de la habitación...

—¡Thorwald! —chilló ella—. ¡No me gustan ciertas bromas! ¿Me has entendido?

—¡Pero si estoy aquí! ¡Te lo juro, Fanny; no me he movid…!

Se interrumpió bruscamente. Sin poder contenerse, tragó saliva con sonoro «glu-glu».

—Fanny —dijo, temblando de pánico—, ¿de verdad que no me ves?

—No, claro.

—Enton… entonces es que… es que el cinturón me… me ha vuelto invi… invisible… —tartamudeó Thorwald, comprendiendo en un instante la verdad de lo que sucedía.

—¡Aaaayyyy…!

El alarido de Fanny se confundió con el impresionante ruido de la bandeja al estrellarse contra el suelo con todo su contenido. Thorwald no pudo evitar un salto que le llevó a dos metros del lugar en que estaba.

—¡Thorwald! —gritó ella, acometida por el pánico—. ¿Dónde estás? ¡Contéstame, te lo ruego!

—Aquí. Ven, acércate.

Fanny avanzó, pegando manotazos al aire. Thorwald extendió su mano derecha y agarró una de las muñecas de la chica, arrancándole otro grito de susto.

—No temas, estoy aquí—dijo él.

La mano libre de Fanny se movió y le tocó el cabello, la cara y el pecho. Un hondo suspiro brotó a través de sus labios.

—Es prodigioso —dijo al cabo—. Jamás hubiera creído poder presenciar una maravilla semejante. Pero ¿cómo…?

—Ni yo mismo lo sé —respondió Thorwald—. Sólo puedo decirte que es el cinturón el que proporciona el efecto de invisibilidad. —Le explicó cómo lo había conseguido—. Así se explican las repentinas apariciones y desapariciones de Myr y Dysya.

—Bueno —habló Fanny algo más calmada—, de momento ya sabemos una cosa: que hemos arrebatado a esos sujetos desconocidos una prenda de gran valor… es algo extraordinario.

—Pero que, sin embargo, tiene un gran inconveniente.

—¿Por qué?

—Tú no me puedes ver, pero yo sí me veo a mí mismo. ¿Cómo sé entonces que el cinturón está actuando para procurarme invisibilidad?

—Por medio de un espejo, claro —respondió la joven.

—Vamos al cuarto de baño —dijo Thorwald, echando a correr en el acto.

El espejo no devolvió ninguna imagen.

—¿Cómo puede ser eso?—se extrañó—. Si me miro me veo las manos, las piernas, el cinturón... pero no capto ninguna imagen en el espejo.

—Es lógico —repuso Fanny—. El espejo es un reflector, que devuelve las imágenes que recibe, pero no puede hacer lo mismo con una imagen inexistente. Tú no podrás ver nada en el espejo, porque no hay imagen frente a él, pero si a ti mismo precisamente por esa razón: porque estás «dentro de ti mismo».

Los argumentos de la joven parecían irreprochables.

—Bueno, creo que ya conocemos la utilidad de este cinturón. Ahora sólo nos falta aprender el manejo —dijo Thorwald.

Media hora más tarde, los dos conocían la forma de hacerse invisibles a discreción. Y, además, aprendieron algo que, más adelante, según estimaron, podía resultarles de gran utilidad.

Aun cuando estuviesen en estado de invisibilidad, podían verse el uno al otro.

—Lo cual —dijo Thorwald, una vez repuestos de la impresión recibida—, me ha dado una gran idea.

—Explícala, pronto —pidió ella, ávidamente.

—Suponemos que «los amos» de Myr y Dysya deben tener sumo interés en recobrar estos cinturones.

—Es lógico pensar así —concordó Fanny.

—Entonces hemos de esperar a que vengan a por ellos.

—Claro. Pero ¿cuándo?

—Más que «cuándo», yo diría «dónde».

—A ver, habla de una vez; me vas a desquiciar los nervios —exclamó Fanny, reventando de impaciencia.

—En mi cabaña de las montañas. Allí fue donde aterrizaron Myr y Dysya y, por tanto, opino que es el sitio más adecuado para recibir la visita de «Los Amos».

Fanny se quedó pensativa durante unos segundos.

—Sí, me parece una buena idea —aprobó al cabo—. Y deja que te diga una cosa: «Los Amos» me parece una feliz denominación para esos seres que envían robots a la Tierra en lugar de venir ellos

en persona.

—Muy bien, de acuerdo. Entonces sólo nos falta preparar el viaje. Partiremos cuanto antes y...

El zumbador de llamada le interrumpió de pronto:

—Debe de ser Ramón —dijo ella.

—Por si acaso, será mejor que nos invisibilicemos.

Segundos más tarde, abría la puerta, echándose a un lado. González entró en el apartamiento, llamándoles a grandes voces.

—¡Thorwald! ¡Fanny!

—¿Ocurre algo? —preguntó el joven en tono corriente.

—Nada grave, salvo que... Oye, ¿dónde diablos te has metido? Sal de una vez de donde estés —gruñó el piloto.

—Estoy a tu lado —sonrió Thorwald, divirtiéndose con la perplejidad de su amigo—. Y Fanny está bajo el dintel de la otra puerta.

—No sabía que eras ventrílocuo —contestó González, con toda naturalidad —. ¡Qué! —chilló de pronto—. ¡Allí no hay ninguna Fanny!

—Si está —rió el joven—. Y yo me hallo a tu lado y no soy ventrílocuo. Lo que pasa es que nos hemos vuelto invisibles.

González abrió una boca de a palmo.

—¡Invisibles! —explotó, cuando al fin pudo recobrar el habla.

—Así es. Hemos encontrado por fin la utilidad de los cinturones. Fanny, hagámosle una demostración.

Momentos después, recobraban su aspecto natural. González no acababa de salir de su asombro.

—¡Esto es lo más grande que «no» he visto jamás! —exclamó de forma pintoresca.

—Puedes asegurarlo sin temor a error —contestó Thorwald—. Bueno, y ahora que ya empiezas a reponerte, dinos la noticia que no has podido darnos aún.

—Sí, claro —contestó González, mirándoles con cierto recelo—. La situación continúa igual; las astronaves ancladas en el suelo y... los detectores han captado en las últimas veinticuatro horas un aumento singular en los misteriosos aparatos que aparecen en los radares, pero no pueden ser observados por medios visuales.

Thorwald volvió los ojos hacia Fanny.

—Está claro. Nos buscan a nosotros, mejor dicho, a los

cinturones.

—¡Demonios! —respingó el piloto—. ¿Cómo podéis asegurarlo de modo tan rotundo?

—Si tú hubieras perdido dos aparatos de este calibre, también tratarías de recobrarlos, ¿no es verdad?

González le miró de hito en hito.

—Desde luego —convino tras unos segundos de silencio.

—Pues por dicha razón —concluyó el joven—, Fanny y yo nos vamos inmediatamente a la cabaña de Lake City, con objeto de esperar la visita de «Los Amos».

—¿«Los Amos»? —replicó el piloto, estupefacto.

—Ése es el nombre que hemos convenido darles, a falta de otro mejor, hasta que conozcamos el suyo verdadero. Bien, Fanny, ¿quieres preparar las cuatro cosas que nos hacen falta para permanecer allí unos cuantos días?

—Desde luego, Thorwald.

Minutos más tarde, estaban dispuestos para emprender la marcha.

—Díselo así al Coordinador —rogó Thorwald a punto de partir —. Convendría que no hubiese aparatos nuestros en las inmediaciones a fin de no espantarnos la caza.

—De acuerdo —dijo González—. Pero lo que vais a hacer puede resultar muy arriesgado. ¿Os dais cuenta de que es tanto como ofreceros como cebo?

Thorwald se encogió de hombros con resignación.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? Andando, Fanny.

Cogió la maleta y se dirigió hacia la salida, en unión de la muchacha. Antes de llegar a la puerta, González manifestó:

—Se me olvidaba daros otra noticia. Los análisis indican que la grasa no pertenece en absoluto a ninguna de las que se producen en nuestro planeta.

Lo cual —contestó Thorwald—, no hace sino corroborar nuestras primeras hipótesis.

CAPITULO IX

A espera era larga y tediosa.

Se aburrían. De cuando en cuando, escuchaban los noticiarios. Los espectáculos televisados apenas si llamaban la atención; la tensión interna al que se hallaban sometidos apenas si les dejaba ánimos para distraerse con las imágenes que aparecían, en la pantalla del televisor.

En realidad, la situación en el planeta no había cambiado prácticamente nada.

La inmovilización de las astronaves no había dejado sentir aún sus efectos más que en algunos sectores reducidos; las colonias planetarias podían subsistir por sí solas durante largo tiempo, sin necesidad del intercambio con la Tierra. Lo peor era la mala situación de algunos puestos avanzados del Sistema Solar, ocupados por científicos y observadores, cuya capacidad de supervivencia resultaba limitada, como era lógico.

Los astilleros donde se construían astronaves estaban paralizados, dado que no parecía sensato construir unos aparatos que no se sabía si podrían, seguir volando. Las acciones de algunas empresas relacionadas con la astronáutica habían sufrido duros golpes, pero, en conjunto, la situación era casi normal.

Lo peor de todo, a juicio de Thorwald, era que el pánico invadiese a las gentes que poblaban el planeta. No se había producido aún ningún ataque contra la superficie y, por las trazas, tampoco había señales de que se produjera, pero tanto Thorwald como Fanny conocían bien la psicología de las multitudes y sabían que el menor incidente podía romper los nervios y desatar una catástrofe de incalculables proporciones.

Esto era lo que trataban de evitar con su permanencia en la

calaña, pero, hasta el momento, no habían captado la menor señal de ningún aparato extraño.

Al día siguiente de su llegada, Japhet Ruppert, acompañado de González, les había hecho una visita, ofreciéndoles, entre otras cosas, una emisora de radio, además de una vigilancia aérea sobre el lugar donde se hallaba emplazada la cabaña. Después de meditarlo muy bien, Thorwald había acabado por rechazar ambas ofertas.

—Nuestras emisiones podrían ser detectadas y en cuanto a los aviones de vigilancia, les harían sospechar en una trampa. Podrían eludirla o, quizá, podrían destruirlos con esa misteriosa linterna de energía. Es mejor que nos dejen solos... hasta el momento en que consideremos fracasada mi idea.

Ruppert había aceptado la proposición del joven. Desde entonces, habían pasado ya cinco días sin el menor incidente.

Thorwald miró al cielo, que enrojecía por el oeste y, lanzando un suspiro, entró en la cabaña.

Fanny terminaba de preparar la cena en aquellos momentos, la cual fue consumida en medio de un fúnebre silencio. Al terminar, le ayudó a recoger y fregar los cacharros.

—Puedes irte a dormir —dijo—. Yo me quedaré un rato todavía.

—Bueno.

Thorwald volvió a la veranda. Oyó los pasos de Fanny y luego vio que ella apagaba las luces. La oscuridad le envolvió por completo.

De repente, un distante gemido rompió el silencio de la noche.

El gemido se convirtió en un agudo silbido. Thorwald se puso en pie y pegó la espalda a la pared de la veranda.

El silbido se agudizó hasta alcanzar un número enorme de vibraciones. No obstante, su intensidad era mucho menor que el que Thorwald había escuchado la vez anterior en el mismo sitio.

Forzó la vista, tratando de taladrar las espesas tinieblas. No había luna y las estrellas proporcionaban una luz escasa, insuficiente por completo.

De pronto oyó la voz de la joven a su lado.

—¿Thorwald?

—Aquí, Fanny —susurró él—. No hagas ruido.

El silbido empezó a perder intensidad, hasta morir casi de

repente. Entonces, oyeron un ruido como de ramas tronchadas.

—Ya han aterrizado —murmuró Thorwald—. Escucha, Fanny, será mejor que nos hagamos invisibles.

—Ellos nos verán de todas formas —objetó la chica.

—Sí, pero se me ha ocurrido una idea. ¿No te parece que así veremos también su astronave o lo que sea el aparato que usan?

—Claro, es verdad —dijo Fanny—. Tienes razón, Thorwald.

Instantes después, los cinturones habían obrado sus efectos. Entonces, Thorwald agarró la mano de la joven y la arrastró hacia la esquina opuesta de la cabaña.

Unos segundos más tarde, divisaron una bola de quince metros de diámetro, que fosforecía tenuemente a unos cuantos metros de la cabaña. Se abrió una escotilla en la parte baja de la esfera, quedando en posición inclinada, con unos peldaños para facilitar el descenso.

Estaban en la esquina de la cabaña situada en el lado contrario al punto donde se había hecho visible la esfera. Por tanto, para llegar a la misma, tenían que caminar en sentido diagonal, hacia su izquierda y cruzar la explanada al sesgo.

Dos siluetas humanas aparecieron en seguida en el campo visual de los dos jóvenes. Era curioso contemplar a aquellas personas —¿o eran robots?, pensó Thorwald— de una manera parecida a como los dibujantes han imaginado a los espectros; se veían sus siluetas, incluso sus facciones y detalles de la indumentaria, pero, al mismo tiempo, viéndose también los objetos a través de sus organismos.

Eran un hombre y una mujer. La débil fosforescencia que despedían les permitió reconocerles en el acto. Aunque el joven disponía de una pistola, podía decirse que estaba desarmado, en comparación con los fabulosos poderes que encerraba en su seno aquel tubo que ellos conocían tan bien y que Myr llevaba en su mano derecha.

La pareja se dirigió en línea recta hacia la cabaña. De súbito, Thorwald concibió una idea.

Su frente se llenó de sudor en seguida. Desechó la ocurrencia, pero ésta se le había incrustado con fuerza en el cerebro. Sabiendo que aún era mejor que sorprender a la pareja dentro de la cabaña, agarró la mano de la joven.

Fanny le dirigió una mirada inquisitiva. Él movió la cabeza

como recomendándole prudencia.

Myr y Dysya llegaron a la veranda. Ascendieron los peldaños y penetraron en la cabaña.

—¡Ahora! —murmuró Thorwald al oído de Fanny.

Arrancó a correr, arrastrando o poco menos a la muchacha. En unos instantes, alcanzaron la escalera que conducía a la escotilla de acceso a la esfera.

—Arriba, pronto.

De dos saltos se colaron en el interior del extraño artefacto. Podían distinguir vagamente muchos de sus detalles, aunque no con la claridad que lo hubieran hecho de haber dispuesto de unos medios de visión normales. No obstante, Thorwald pudo captar una especie de interruptor a la derecha de la escotilla.

Era como una especie de palanquita cilíndrica, de unos cinco centímetros de largo, por medio de grueso. Sin vacilar, Thorwald la asió con dos dedos y trató de moverla. De pronto vio que cedía hacia abajo y empujó decididamente.

La escotilla empezó a ascender en completo silencio.

—Thorwald, ¿qué es lo que pretendes hacer? —preguntó Fanny, bastante asustada.

—Hemos aprendido cómo funcionan los cinturones de invisibilidad, ¿no es eso? ¡Pues vamos a ver si conseguimos hacer funcionar este cacharro!

La escotilla se cerró.

—Bueno, vamos a ver si encontramos el interruptor de la luz —dijo el joven.

Fanny declaró:

—Aquí no se ve ninguno.

—Bueno, encenderé un fósforo.

Hurgó en sus bolsillos y sacó una caja de cerillas. Rascó la cabeza contra la lija y escuchó el tenue chasquido que hacía el fósforo al encenderse.

—¡Vaya unas cerillas! —masculló—. Encenderé otra.

Tiró al suelo la que acababa de utilizar y extrajo una segunda de la caja, frotándola de nuevo contra la superficie áspera. Otra vez oyó el clásico chasquido y, por segunda vez, vio que su gesto había resultado fallido.

—Esto no hay quien lo entienda —masculló—. ¿Es que no

funcionan los fósforos?

—Espera un momento —dijo la muchacha—. Volvamos a ser visibles.

Manipularon en los cinturones. Apenas habían terminado la operación, vieron que se encendía una luz brillante, que permitía divisar todas las cosas con la mayor claridad.

—¡Diablos! ¿Quién la ha encendido? —exclamó Thorwald, atónito.

—¿No será que «ya» estaba encendida y que nosotros no podíamos verla en el estado de invisibilidad? —sugirió la muchacha.

—Es muy posible —convino él, sumamente intrigado—. Espera un momento.

Extrajo el tercer fósforo, el cual se encendió con toda normalidad. Los restos medio quemados de los dos anteriores les dijeron que no tendrían ningún defecto de fabricación.

—Vamos a hacer una prueba —dijo, al cabo de unos segundos —. Tú quédate como estás; yo me volveré invisible de nuevo.

—De acuerdo —accedió ella.

Thorwald manipuló otra vez los controles del cinturón. Un segundo después, la luz desaparecía, siendo sustituida por aquella difusa fosforescencia que ya confían.

—¿Sigue la luz, Fanny?

—Por supuesto. A ti no te veo, desde luego

Thorwald recobró su apariencia visible.

—No soy físico, desde luego, pero me parece que, cualesquiera que sean estos tipos, juegan a su antojo con los fenómenos de reflexión y refracción de los rayos luminosos que, en definitiva, son los que producen los fenómenos de invisibilidad, oscurecimiento y demás. No hay magia ni procedimientos especiales, ni nuestros cuerpos adquieren una transparencia total, sino, simplemente, han conseguido un dominio absoluto de la luz y los distintos campos en que ésta se mueve, incluyendo los energéticos.

—Eso debe de ser —convino la muchacha—. Bien, y ahora que ya hemos explicado este fenómeno, aunque sólo sea a medias, ¿qué hacemos?

Thorwald demoró la respuesta un par de segundos. Luego, con acento lleno de énfasis, respondió:

—¡Ir en busca de «Los Amos»!

CAPÍTULO X

L lugar en que se hallaban tenía forma cilíndrica, con muy pocos detalles accesorios. En el centro se divisaba un tubo de metal brillante, de metro y medio de diámetro, por varios de altura, que terminaba o se perdía al otro lado de una plataforma circular que había sobre sus cabezas ocupando una gran cantidad de espacio.

La distancia del cilindro central a las paredes del que formaba la envolvente interna del aparato era de unos tres metros. Enroscándose al primer tubo se divisaban los peldaños en voladizo de una escalera de caracol, que se perdía en la plataforma superior. Una barra de hierro adosada al tubo servía de pasamanos interno.

—Vamos —dijo él, emprendiendo el ascenso sin más dilación.

Fanny le siguió dominando sus aprensiones. Momentos después, llegaban al término de la escalera de caracol.

Thorwald asomó la cabeza por la escotilla, encontrándose en lo que parecía ser una cámara de mandos del aparato. Terminó de subir y se volvió, alargando la mano para ayudar a la muchacha a cubrir los últimos peldaños.

La cámara esa distinta a cuantas conocían ambos. Había, desde luego, un tablero de control, con dos cómodos sillones, varias pantallas y una serie de instrumentos cuya utilidad les resultaba desconocida en absoluto. Después de unos segundos de vacilación, Thorwald avanzó hacia el cuadro de mandos y se sentó en el sillón, de un mullido muy confortable.

—Ten cuidado —advirtió ella con temor en su voz.

—Algo hemos de hacer, ¿no? —contestó él, alargando la mano hacia una palanquita.

Fanny le agarró la muñeca.

—Tengo miedo, Thorwald —dijo, mirándole a los ojos.

Nyass se mordió los labios.

—Querida, no tenemos otro remedio que intentar hacer funcionar este cacharro como sea. Es posible que en los primeros momentos vayamos dando palos de ciego, pero si vemos que nos dirigimos hacia un lugar no conveniente o a demasiada velocidad, trataremos de cambiar el rumbo o refrenar la marcha, utilizando el mismo control, pero en sentido contrario. Es cuestión de ir probando, sencillamente.

—¿Y si el aparato hiciese explosión?

Thorwald se echó a reír.

—Fanny —dijo de buen humor—, no creo que pueda producirse semejante eventualidad. Esta nave funcionará de una forma o de otra, mejor o peor que las nuestras —mejor, posiblemente—, pero no creo que exista ninguna nave en el espacio que sea capaz de estallar sólo porque un imprudente apriete tal o cual botón. En la que yo mandaba, no se hubiese producido tal cosa, ni aunque hubiésemos presionado todos los botones de mando al mismo tiempo. Veamos qué efectos produce éste.

La palanquita era análoga a la de entrada. Thorwald la movió, produciendo un seco chasquido, de poco volumen sonoro, sin embargo.

Inmediatamente, una pantalla que tenían sobre sus cabezas empezó a oscilar con distintas intensidades de luminosidad. El resplandor se estabilizó bien pronto, permitiéndoles ver con claridad el terreno que circundaba al artefacto.

—¡Mira! ¡Ahí está la cabaña! —exclamó la muchacha.

La imagen del edificio se recortó nítidamente ante sus ojos. De pronto, vieron a Myr y a Dysya, con su aspecto normal, que salían corriendo a la veranda.

La pareja agitó sus brazos, a la vez que gritaban algo incomprensible, dado que los sonidos no llegaban al interior de la esfera. De pronto, vieron que Myr sacaba el tubo y que lo encaraba hacia el aparato.

—Ese tío nos quiere achicharrar —exclamó Thorwald, moviendo la primera palanquita que le vino a las manos.

Fanny dejó escapar un agudo grito y rodó al suelo con las piernas por alto. Al mismo tiempo, Thorwald sintió que la esfera

salía disparada hacia delante.

A pesar del aislamiento de la envolvente metálica, oyó unos ruidos raros, como de crujidos de madera. Notó que el aparato, sin disminuir en absoluto su velocidad, tropezaba con algo —con diferentes obstáculos, a los cuales atropello con devastadores efectos, sin que por ello disminuyera en absoluto el ritmo de su marcha.

Alarmado, Thorwald movió otra palanquita. En el acto, sintió que perdía el contacto con el sillón, elevándose en el aire.

Fanny gritó.

—¡Bájame de aquí! —pidió, suspendida en el aire con las piernas hacia arriba, mientras manoteaba frenéticamente.

—Espera que pueda bajar yo primero —contestó él, esforzándose por alcanzar un punto de apoyo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ella, retorciéndose como una anguila.

—No sé cómo actúa, pero creo que hemos conseguido la anulación momentánea del campo gravitatorio. ¡Maldita sea! ¡No llego a ninguna parte!

—Sopla fuerte —le recomendó ella.

Thorwald había estado muchas veces en el espacio y conocía los efectos de la falta de gravedad. Aspiró aire a fondo y luego lo expulsó con todas sus fuerzas.

La tercera ley de Newton hizo sus efectos. A la acción de expulsar el aire, siguió una reacción igual y de signo opuesto. Pero, como el joven estaba en posición invertida, debido a la voltereta que había dado involuntariamente, su esfuerzo le llevó a quedar con los pies adheridos al techo de la cabina.

Olvidando por un instante sus aprensiones, Fanny se echó a reír. Ella se encontraba en el centro del espacio, sin poder llegar a ninguna parte, a pesar de sus intentos. Cada vez que quería aspirar aire para repetir la acción del joven, le entraba una risa irreprimible que hacía inútiles todos sus esfuerzos.

Teniendo ya un punto de apoyo bajo sus pies, Thorwald pudo actuar. Flexionó las piernas y luego las distendió, saltando «hacia abajo». Gracias a ello, pudo alcanzar el sillón, en el que se sentó después de algunas contorsiones.

En seguida movió la misma palanquita en sentido contrario. Casi

en el acto oyó un sordo choque y un grito de dolor.

—¡Ay, bruto! —exclamó Fanny, sentada en el suelo.

Al volver de nuevo la gravedad, había caído desde metro y medio de altura, dándose el gran batacazo.

—Ven y siéntate aquí —recomendó él—. Es lo mejor que podemos hacer; no movernos de los sillones.

Fanny se puso en pie, frotándose la cadera izquierda, que era donde más le dolía. Renqueando un poco, caminó hasta sentarse en el sillón contiguo al de Thorwald.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—No tengo la menor idea —respondió él—. Sólo veo las estrellas a mi alrededor y… ¡Cielos! ¿Es posible que hayamos salido ya al espacio?

—Si estuvimos sometidos durante unos instantes a la falta de gravedad, no tiene nada de particular que hayamos recorrido en ese tiempo una enorme cantidad de kilómetros —especuló Fanny.

—Entonces, ¿qué clase de cacharros son éstos? —murmuró él, atónito.

—¿Por qué no sigues probando botones?—sugirió ella—. No creo que origines ya más catástrofes…

—Ahora que hablas de catástrofes —dijo Thorwald—. Creo que al despegar, como lo hicimos casi a ras de tierra, destrozamos la cabaña. Oí unos crujidos que me dieron muy mala espina.

Fanny se quedó muy pensativa.

—¿Habrán muerto Myr y Dysya? —murmuró.

—Casi seguro —convino él—. Lo siento, no fue ésa mi intención.

—Me hubiera gustado hablar con ellos —dijo la chica—. Nunca sabremos por qué enviaron a la Tierra una reproducción de sí mismos.

—Si —contestó él en tono apesadumbrado—, pero ya no es posible. Bueno, vamos a ver si aprendemos a manejar este condenado artefacto.

* * *

Era ya da día cuando llegaron a las inmediaciones de la cabaña.

—Antes de salir, lo mejor será que nos invisibilicemos —recomendó él.

Habían empleado largas horas en aprender el manejo de la esfera. Otro que no hubiera sido Thorwald Nyass, con una larga experiencia como astronauta, no hubiera sido capaz de pilotarla con tanta habilidad como firmeza. Al mismo tiempo, enseñaba a Fanny el manejo de los instrumentos más indispensables.

La cabaña había quedado arrasada, como si hubiese sido destrozada por un ciclón. No sólo estaba destruida por entero, sino que, quizá como consecuencia de la elevada temperatura provocada por la violenta fricción del choque, se había producido un incendio parcial. Todavía humeaban algunos maderos, despidiendo leves columnitas de color gris azulado.

—Han muerto —sentenció Thorwald, después de silencio.

Fanny asintió con la cabeza.

—¿Y ahora? —murmuró.

La esfera estaba a pocos pasos de distancia. Ellos la podían vez en su actual estado de invisibilidad, pero una prueba que hizo Thorwald le convenció de que en estado normal resultaba invisible por completo.

Por eso las señales de los aparatos se reflejan en los radares, pero sus imágenes no pueden ser captadas en modo alguno por medios visuales —dijo, al recobrar su invisibilidad.

—Muy bien —aprobó la chica—. Hemos conseguido ya dos cosas muy importantes: volvemos invisibles a voluntad y, además, apoderarnos de uno de sus aparatos. Estoy segura de que el Coordinador Ruppert saltaría de gozo si se lo pusiéramos en el regazo.

—¡Nada de eso! —protestó el joven vivamente—. Ahora mismo nos vamos al espacio en busca de "Los Amos».

—El espacio es muy grande —objetó ella.

—Se hará más pequeño cuando estemos allá arriba —declaró Thorwald, muy decidido—. ¡En marcha!

Momentos después, la esfera zarpaba hacia el exterior del

planeta. Utilizando el sistema de anulación del campo gravitatorio, en pocos momentos alcanzaron una altura exorbitante con respecto a la superficie del planeta.

—Tenemos pantallas visoras, dotadas de mando telescópico —dijo él —. Es preciso utilizarlas sin descanso, conectadas con la del radar.

Pasaron varias horas, sin resultado positivo. A mediodía, Fanny se levantó de su asiento, fatigada de una observación que hasta el momento se venía revelando estéril.

—No me llames prosaica, pero me estoy muriendo de hambre —dijo.

—En ese caso, yo también me siento bastante prosaico. Avísame cuando tengas el condumio listo.

La muchacha abandonó la cámara, mientras él continuaba al pie de las pantallas. Afortunadamente, conservaba algunos cigarrillos y podía fumar de cuando en cuando para distraer la espera.

Fanny llegó treinta minutos después, con una gran expresión de desconcierto reflejada en su lindo rostro.

—¡Thorwald!

—¿Sí? —contestó él.

Ella se situó a su lado.

—¡No hay víveres en la nave!

El joven levantó la cabeza.

—¿Que no...? Bueno —comentó—, tal vez acudan a comer a su cuartel general. Estas naves corren que se las pelan y...

—No me has entendido —le interrumpió Fanny—. Es que no hay cámara de víveres, ni cocina, ni cuarto de baño, ni camarotes para dormir... Nada, en fin, de lo que tendría que haber si fuera destinada a ser tripulada por seres vivos.

Thorwald se volvió en el asiento, mirándola con gesto de extrañeza.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo—. No hay ningún cuarto donde se guarden unos víveres de repuesto, para casos de emergencia; ni cocina para guisarlos, ni cuarto de baño donde uno pueda asearse... y si queremos dormir, hemos de utilizar estos sillones, ¿no es eso lo que tratas de decirme?

—Justamente. Y espero que sepas comprender el resto, Thorwald —declaró ella, con acento en el que latía una terrible

excitación.

Despacio, Thorwald se puso en pie, con los ojos dilatados por el asombro.

—Eso significa que esta esfera ha sido hecha para...

Fanny asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

—Exactamente, Thorwald. Ha sido construida para ser tripulada exclusivamente por robots, los cuales, como máquinas que son, están exentos de las necesidades humanas que constituyen nuestra más acusada debilidad en circunstancias como la presente.

CAPÍTULO XI

UÉ civilización era aquélla?, se preguntó Thorwald, que sabía construir unas máquinas tan perfectas, tan parecidas en todos los aspectos a los humanos.

¿De dónde provenían? ¿Cuáles eran sus intenciones?

¿Quiénes eran «Los Amos»?

¿Estaban luchando contra un mundo de máquinas con figura humana?

Todas estas reflexiones se las hizo Thorwald en contados segundos. Y no pudo continuar especulando, porque, en aquel momento, Fanny distrajo su atención con un agudo grito:

—¡Thorwald, mira! ¡Una esfera!

El aparato era distinguible con facilidad en la pantalla telescópica, a pesar de que tenía conectados los mandos de invisibilidad. Volaba por el espacio relativamente próximo a ellos y a buena velocidad, según podía apreciarse por el estatismo de las estrellas que brillaban al fondo.

Thorwald no tardó medio segundo en adoptar una decisión.

—Siéntate, Fanny. Vamos a perseguirlo —exclamó.

La muchacha obedeció sin formular la menor objeción. Casi en el acto, Thorwald se lanzó en persecución de aquel aparato, procurando, no obstante, mantenerse a una prudente distancia, ya que ignoraba si llevaba armas capaces de ser utilizadas en el vacío y cuál sería la reacción de sus tripulantes caso de notar que eran seguidos.

Pero no parecía que los extrañes se hubiesen dado cuenta de que tenían una esfera a la zaga; continuaban su marcha por el espacio, navegando a una velocidad vertiginosa.

Pasaron algunos minutos. Por la posición de las estrellas más bien que por los instrumentos de a bordo —Thorwald pilotaba más intuitivamente que no por un real conocimiento de los mandos del

aparato—, pudo darse cuenta de que volaban hacia un lugar situado a unos doscientos cincuenta mil kilómetros de la Luna, hacia el este sideral.

El satélite aumentó de tamaño con rapidez y luego empezó a disminuir. Thorwald se mantenía pegado a la esfera precedente, la cual navegaba en línea recta, sin que sus ocupantes dieran señales de variar la órbita primitiva.

—A este paso —comentó Fanny—, acabaremos saliendo del Sistema Solar. ¿Hacia dónde se dirigirán esos tipos?

Thorwald no contestó. Toda su atención estaba centrada en el vehículo espacial que volaba delante de ellos. Le hubiese gustado que alguien hubiera traducido los signos de los instrumentos del panel de mandos a grafismos terrestres, a fin de entender sus indicaciones, sobre todo, la relativa a la velocidad, que calculaba exorbitante, cuando en tan poco rato habían alcanzado y rebasado la órbita de la Luna.

Y, de pronto, surgiendo de las vastas profundidades, la vieron.

La esfera que les precedía empezó a decelerar. A pesar de su asombro, Thorwald, conservó la suficiente presencia de ánimo para continuar manejando el aparato con eficiencia.

Vieron el vehículo espacial de donde habían partido todos los demás que eran detectados desde el planeta.

Podían contemplar su masa, debido a los sistemas de invisibilización, aunque no grandes detalles de su superficie. No obstante, ambos pudieron ver que superaba a cuanto su fantasía hubiera sido capaz de imaginar

Era una esfera de unos doce o trece kilómetros de diámetro, ante la cual, la que ellos ocupaban ofrecía el mismo aspecto que un guisante comparado con un globo aerostático.

El aparato que les precedía desapareció en una abertura que se advertía en la parte inferior de la esfera gigante, casi hacia el «Polo Sur» de la misma. Sin dudarlo, Thorwald dirigió la suya hacia aquella misma abertura.

La estupefacción que sentían les impedía hablar.

Cruzaron la escotilla. En el mismo momento, vieron que el aparato precedente volvía al aspecto normal de visibilidad.

Thorwald comprendió que debía de tratarse de una regla general para todos los vehículos espaciales y sus tripulantes, cuando

regresaban a la esfera gigante, que bien podía considerarse como nodriza de todos ellos. En consecuencia, hizo funcionar los mandos y su aparato se hizo visible.

—Salgamos —dijo.

Descendieron la escalera de caracol y abrieron la escotilla. También abrieron la boca al hallarse fuera de la esfera.

Durante unos momentos, contemplaron con ojos atónicos el increíble espectáculo que ofrecían decenas y decenas de esferas similares a la suya, apiladas a derecha e izquierda, arriba y abajo, hasta perderse de vista en todas direcciones, como celdas enormes de una gigantesca colmena de nueva especie.

Las esferas quedaban apoyadas en las plataformas alargadas de una serie de estanterías de tamaño increíblemente grande, adecuadas a las dimensiones de los aparatos que debían soportar. Aquí y allá, divisaron a algunas personas, vestidas de un modo idéntico a como habían visto vestidos a Myr y Dysya, que caminaban por los bordes de las plataformas o utilizaban las escaleras que servían para enlazar las unas con las otras en sentido vertical.

De cuando en cuando, se veían unas columnas cilíndricas de unos siete u ocho metros de diámetro, cuya utilidad no podían apreciar por el momento. Se perdían en ambas direcciones, es decir, arriba y abajo, sin que se pudiera advertir el final.

Durante unos momentos permanecieron en silencio, embargados por la emoción y el asombro de hallarse en el interior de un vehículo construido por manos de seres extraños, nacidos Dios sabía en qué mundos remotos. Luego, Thorwald indicó que debían seguir adelante.

—¿Visibles? —preguntó ella.

—No. Sería conveniente pasar inadvertidos, hasta el momento oportuno.

—Muy bien. Andando.

Sin vacilar, se encaminaron hacia la escalera más próxima, alcanzando a poco una plataforma situada a quince metros sobre el punto de arribada. Caminaron a lo largo de la misma, dirigiéndose hacia una de aquellas grandes columnas, cuya utilidad empezaba a sospechar el joven.

De repente, una pareja apareció ante su vista, caminando en

dirección opuesta a la que ellos seguían. Fanny abrió la boca, estupefacta.

—¡Cielos! —dijo.

Thorwald la agarró por un brazo, para retirarla al espacio situado entre dos esferas. La pareja, un hombre y una mujer, pasó por delante de ellos sin reparar en su presencia. Hallábanse en estado de visibilidad.

Fanny miró al joven.

Preguntó:

—¿He visto bien, Thorwald?

—Has visto bien —respondió con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿no murieron en el incendio de tu cabaña?

—Pero ¿es posible que no te hayas dado cuenta todavía de lo que sucede?

Fanny se tapó la boca con la mano.

—¡Dios mío! Es… son… Hay muchos… muchos ejemplares…

—Eso mismo que acabas de decir —confirmó él—. Vamos.

Llegaron a la base de la columna. Otra pareja salió entonces por una puerta que se abrió al nivel de la plataforma y caminó hacia una de las esferas más próximas, en cuyo interior desapareció segundos más tarde. También tenían el mismo aspecto.

—Por lo visto —comentó Fanny—, aquí debe de haber una fábrica de robots con un solo patrón fisonómico.

—Eso es lo que me estoy suponiendo —contestó Thorwald—. Y ahora, o esto que vemos aquí es un ascensor o mis facultades deductivas son las mismas que las de un escarabajo.

Se metieron en el interior del tubo.

—¿Por qué suponías que era un ascensor? —inquirió ella.

—Querida, este aparato está construido por manos humanas o, por lo menos, con inteligencia humana, pese a que en apariencia sólo esté habitado por robots. No obstante, alguna vez ha de ser utilizado por esos seres inteligentes y, la verdad, desplazarse diez o doce kilómetros en sentido vertical, utilizando sólo las escaleras, debe resultar muy fatigoso.

—Es verdad —reconoció Fanny—. Pero ¿cómo se maneja esto?

—Pues…

Thorwald empezó a mirar a derecha e izquierda. Al fin descubrió un círculo de metal brillante, en cuya periferia se

divisaban unos cuantos botones de color rojo vivo. Unos segundos de reflexión le hicieron pulsar el situado en la parte más alta.

La plataforma arrancó bruscamente, casi tirándolos al suelo. Después de algunos esfuerzos, pudo recuperar la estabilidad y ayudar a la muchacha a levantarse.

—Es rápido este aparato —comentó ella—. Pero ¿adónde irá a parar?

Pronto lo sabremos. Está ascendiendo al menos a veinte metros por segundo, lo que supone una velocidad de más de sesenta kilómetros por hora. Esperemos.

Cinco o seis minutos más tarde, el ascensor perdió velocidad. En pocos segundos más, quedó detenido por completo y la puerta se abrió automáticamente.

Salieron. Dieron unos cuantos pasos, deteniéndose en seguida para admirar la vasta sala que se extendía ante sus ojos. El suelo era metálico, aunque recubierto de una sustancia plástica que amortiguaba el impacto de los pies al caminar.

A derecha e izquierda, se veían dos grandes muros metálicos, cada uno de ellos con lo que parecían puertas correspondientes a otras tantas habitaciones. Cada muro tenía unos cinco o seis metros de altura por casi trescientos metros de longitud, con lo que resultaba que la sala parecía más bien un corredor de colosal longitud.

Las puertas eran innumerables. Cada una de ellas tenía encima un cuadro lleno de lamparitas de todos los colores, que oscilaban con rápidas intermitencias. De pronto se abrieron dos puertas contiguas y algo parecido a sendas plataformas provistas de ruedas salió de las mismas.

Sobre las plataformas había unos extraños objetos, de 1a altura de una persona, que más bien parecían un inextricable amasijo de delgadas viguetas, cables, tensores, cajas de válvulas y una serie de aparatos más, cuya utilidad no alcanzaban a comprender en modo alguno.

Las plataformas rodaron en silencio hasta dos puertas situadas justamente al frente de las que acababan de abrirse. Las segundas puertas también se abrieron, cerrándose acto seguido, una vez las plataformas hubieron desaparecido en el interior con su carga.

Casi en el mismo instante, volvieron a abrirse otras dos puertas

más, estas situadas ahora en el muro donde se habían escondido las plataformas. Fanny hubo de esforzarse por ahogar un grito de asombro.

Dos plataformas más aparecieron, y casi en seguida se detuvieron a pocos pasos de las puertas. Los dos robots que estaban encima se apearon y caminaron hacia el ascensor.

Thorwald agarró el brazo de la muchacha, apartándola del camino de los robots, los cuales se metieron en el ascensor y desaparecieron a poco de su vista. Fanny estaba muy pálida.

—Thorwald, esto es una fábrica de robots.

—Precisamente —concordó él—. Una fábrica perfecta, con el más fabuloso grado de automatismo que nadie hubiera podido soñar. Aquí, a la derecha —indicó el muro— se construyen los «esqueletos» de los robots. A la izquierda, se les confiere el aspecto de Myr y Dysya.

—Pero ¿por qué siempre la misma figura? —se extrañó ella—. ¿No crees que debieran salir «vestidos» con diferentes apariencias?

Thorwald reflexionó unos instantes.

—Quizá la fábrica de robots no sea tan perfecta como yo suponía. A mi entender, la fabricación de los mismos debe haberse simplificado al máximo usando siempre el mismo patrón o molde.

—O sea, que todos los robots que se construyen aquí son otras tantas reproducciones de Myr y de Dysya.

—En efecto, no puedo explicarlo de otra manera.

Fanny se quedó pensativa durante unos momentos.

De pronto, se estremeció.

—Thorwald —dijo con voz temblorosa—, ¿te das cuenta de lo que supondría si todos los seres vivientes que hay aquí, por llamarlos de algún modo, fuesen únicamente robots? ¡Eso significaría que estamos siendo atacados, o lo seremos, por una banda de máquinas sin conciencia!

—Se compagina mal con la frase que pronunció Myr cuando llegó a mi cabaña por primera vez. Vengo —o venimos— en son de paz», ¿recuerdas?

—¿Son de paz? —repitió ella en tono sarcástico—. ¿Son de paz haber inmovilizado nada menos que a cinco mil astronaves que no pueden despegar?

—Bueno, creo que continuando aquí no conseguiremos

averiguar mucho más. Mira, ahí veo una escalera. Vamos a ver a dónde nos lleva.

Por encima de sus cabezas había una larga plataforma, suspendida en el espacio, unida al suelo por una escalera de unos treinta peldaños, recta, construida de tal forma que los escalones parecían también hallarse flotando en el vacío.

Ascendieron por !a escalera. Al llegar arriba, divisaron a lo lejos una esfera de gran tamaño, mayor que la que ellos habían utilizado, aunque pronto pudieron ver que no estaba destinada a ser utilizada como vehículo espacial.

A medida que se acercaban a la esfera, cuyo diámetro alcanzaría muy bien los cincuenta metros, podían ver que otras plataformas y corredores aéreos convergían en la misma. El silencio era absoluto y tan sólo se percibía un levísimo rumor, procedente sin duda de las maquinarias de la colosal nave en continuo funcionamiento.

El corredor terminaba en una puerta abierta a uno de los lados de la esfera. Thorwald y Fanny se detuvieron a pocos pasos de la entrada.

—Creo —dijo él—, que nos hallamos en el centro geométrico de la nave.

—Entonces, esa esfera que tenemos delante es lo que pudiéramos llamar el corazón y el cerebro de este infernal artefacto.

—Así lo creo. Vamos.

Dieron unos pasos, deteniéndose acto seguido bajo el dintel de la entrada al oír una voz de tonos monocordes, casi metálicos.

—Agente F-8OO informando… Agente F-800 llamando a Centro-1… Agente F-SOO informando…

CAPÍTULO XII

AS dudas de Thorwald no duraron más allá de dos o tres segundos. En seguida se rehízo, al verse en el interior de una gran cámara, de forma circular, en torno a la cual había numerosas pantallas visoras.

Al pie de cada pantalla se divisaba un pequeño cuadro de instrumentos. Algunas lucecitas se encendían, y apagaban rápidamente y también podían verse lo que parecían ruedas de magnetófono girando para recoger en su hilo la grabación de las voces que se escuchaban en el interior de la estancia.

Una de las pantallas estaba iluminada.

—Agente F-8OO informando... —decía la voz—. Dejaré el mensaje grabado. Sin noticias agentes terrestres... Repito, sin noticias agentes terrestres. Consiguieron capturar una nave propia y escaparon...

—¡Se refieren a nosotros! —exclamó Fanny.

—Calla un momento...

—Agentes Q-400 y Q-4-400, destruidos al intentar capturar a agentes enemigos... Solicito instrucciones... Solicito instrucciones... Agente F-800 cierra.

La imagen que copiaba exactamente las facciones masculinas que ellos conocían tan bien desapareció de la pantalla. La voz cesó en el acto.

Thorwald y Fanny se miraron en silencio. Había al menos cuarenta pantallas en la sala, todas las cuales, calcularon, debían de ser utilizadas en los momentos adecuados para comunicarse con los robots esparcidos por la Tierra o por el espacio circundante.

Otra pantalla se encendió de pronto. El rostro de Myr apareció

de nuevo.

—Agente A-100 informando... Agente A-100 informando...

Las nuevas noticias, según escucharon, no se referían ahora a ellos. Myr —su reproducción—, levantó la mano derecha y enseñó algo que hizo parpadear de asombro a Fanny.

—¡Cielos, qué pendiente !

Thorwald frunció el ceño. Acababa de recordar el collar que había visto comprar a la supuesta señora Grant.

—¿Es que también son una banda de ladrones del espacio? —gruñó.

De súbito, un nuevo sonido irrumpió en la sala.

Era un sonido que jamás hubieran soñado en escuchar en aquel lugar y menos en semejantes circunstancias; el sonido de una carcajada emitida con toda rotundidad, como si el autor de la misma estuviese presenciando o comentando algo muy divertido.

Se miraron, por completo desconcertados. De pronto, Fanny señaló con la mano hacia uno de los extremos de la sala.

—Allí, Thorwald —dijo.

—Sígueme —murmuró él.

Había una escalera de caracol que ascendía hacia el techo, concluyendo en una abertura de un metro de lado. Por aquella abertura era donde les llegaban los sonidos de las carcajadas.

—Sube con cuidado —recomendó él con voz muy baja.

Emprendieron el ascenso. Al llegar arriba, Thorwald asomó los ojos a ras del suelo, contemplando en silencio el interior de la habitación a la cual conducía la escalera.

En vista de su inmovilidad, Fanny le empujó con los hombros, para situarse a su lado. También se quedó convertida en una estatua cuando vio la escena que se estaba produciendo en aquellos momentos.

La estancia era de grandes dimensiones, aunque menores que la sala que tenían bajo sus pies. Indudablemente, era una cámara destinada a ser habitada en determinados momentos de la navegación, como lugar de reposo y también para efectuar las comidas, lo cual no obstaba para que en un lado de la misma se viese una pantalla visora análoga a las del piso inferior.

Entre los distintos objetos que había en la sala se divisaba un espejo. Dysya se hallaba frente al espejo.

Sentado en el diván, estaba Myr.

Thorwald y Fanny no tenían fuerzas para hablar. El espectáculo que se ofrecía ante sus ojos resultaba de una incongruencia total.

Dysya aparecía ataviada con una serie de velos flotantes, que apenas ocultaban sus formas esculturales. Al pie del espejo había una repisa, sobre la cual se podía ver un enorme montón de joyas de todas las formas y tamaños. Un vivísimo centelleo se escapaba de las innumerables piedras preciosas que constelaban las joyas, cuyo valor se le antojó a Thorwald fuera de todo cálculo.

En aquellos momentos, Dysya se estaba probando, con expresión de suma complacencia, un maravilloso collar de esmeraldas, cuya sola contemplación quitaba el aliento. Una inenarrable sonrisa de complacencia distendía los labios de la hermosa joven.

En cuanto a Myr, su actitud era distinta, aunque, en cierto modo, acorde con la de Dysya, en lo relativo a aprovecharse de las cosas buenas del planeta. Myr estaba medio tendido sobre el diván, con una botella de champaña en una mano y una copa en la otra.

Al lado del diván había una mesita con más copas y, al pie, un gran cubo lleno de hielo, en el cual se refrescaban hasta media docena de botellas del espumoso vino. El estado de Myr se aproximaba mucho a la embriaguez, pero era una borrachera simpática, alegre, jovial. Parecía disfrutar mucho con los frecuentes tragos de champaña que se propinaba.

—Es la primera vez que veo emborracharse a un robot —susurró Fanny al oído del joven.

—Estos no son robots —contestó él en el mismo tono.

—¿Cómo lo sabes?

—Respiran.

Fanny abrió la boca. Miró a Dysya.

El opulento pecho de la hermosa rubia subía y bajaba rítmicamente, con los movimientos de la respiración, marcándose con reveladoras curvas bajo los finos cendales que lo cubrían. No, no podía dudarse de que las dos personas que tenían ante ellos eran seres de carne y hueso.

—Pero... son iguales a los otros...

—Estos son los «modelos» —dijo Thorwald—. Ignoro por qué no han fabricado otros tipos distintos, pero no cabe la menor duda de que nos encontramos ante los originales.

Dysya dejó puesto el collar en torno a su garganta de cisne. Luego, eligiendo con gran cuidado de entre el enorme montón de joyas, buscó dos enormes brazaletes, que colocó sobre la mórbida piel de sus bien torneados brazos. Después se volvió un poco, apoyando una mano en su costado, a la vez que adoptaba una sugestiva postura.

—¿Qué te parezco? —preguntó.

Con grandes dificultades, Myr se puso en pie.

—Ma... ma... maravillosa —tartajeó—. He... hemos tenido una... una gran suerte co... con ser envi... enviados a este he... hermoso pla... planeta... No... no qui... quiero irme de aquí, así... así lo mande...

—Estás borracho —dijo Dysya en tono indulgente—. ¿Por qué no te acuestas un rato?

—¿Quién... quiere acostarse... teniendo ha todavía... cha... champaña para be... beber? —rió Myr estúpidamente—. A... anda, ven y tó... tómate una copa conmigo…

Dysya se movió hacia él y le quitó la copa, cuyo contenido despachó de un trago. Luego la arrojó con gesto indiferente por encima de su hombro.

—Acuéstate un rato, Myr; yo quedaré mientras tanto al cuidado de los instrumentos.

El hombre seguía sonriendo con expresión de idiota. Levantó la mano y acarició el collar de esmeraldas.

—También... también a ti, parece que... que te gustan las... las joyas...

Dysya le empujó con suavidad. Myr cayó sobre el diván. Segundos después, roncaba con gran estruendo.

La joven se sirvió otra copa, que bebió con evidente agrado. Thorwald se dijo que ya era hora de intervenir.

Pero entonces sonó un fuerte zumbido que le hizo desistir por el momento de su idea. Dysya volvió la cabeza y se dirigió hacia la pantalla que había en la estancia.

Presionó un botón y la pantalla se iluminó. Segundos después, una nueva imagen de Myr aparecía en el vidrio deslustrado.

—Agente N-1200 informando. He encontrado un collar compuesto por cincuenta rubíes todos iguales y cada uno de veinticinco quilates.

—Cómpralo y tráemelo inmediatamente —ordenó Dysya.

—Imposible. No tengo suficiente dinero.

—Haz que te lo reserven. Deja una suma en depósito. Luego ven a Centro-1. Reproduciremos todo el dinero que haga falta. Eso es todo.

La joven cortó la comunicación. Entonces, Thorwald decidió que ya no podía demorar su acción un segundo más.

De un salto se plantó en la cámara, ya en estado visible.

—Hola —dijo.

Dysya se volvió, lanzando un agudo grito de susto y sorpresa. Pero reaccionó en el acto, lanzándose a la carrera hacia un estante próximo, sobre el cual se divisaba un tubo brillante, cuyos efectos conocían ellos muy bien.

—¡Quieta! —ordenó Thorwald, apuntándola con la pistola de Fanny—. Nosotros también tenemos armas mortíferas. Deja ese tubo o te mataré.

Dysya se quedó inmóvil, contemplándolos con fijeza. Sólo las rápidas palpitaciones de su arrogante busto denotaban que no era una estatua.

—¿Qué queréis? ¿A qué habéis venido aquí? —preguntó en tono orgulloso.

Thorwald movió la mano izquierda.

—Fanny, con cuidado, apodérate del tubo de energía,

—De acuerdo.

Thorwald esperó a que el cilindro hubiera pasado a manos de la muchacha. Entonces se guardó la pistola.

—Tenemos sed. ¿Te importa que tomemos una copa de champaña?

—Es gratis —contestó Dysya.

La botella estaba ya vacía. Sin mostrar nerviosismo, Thorwald sacó otra del cubo, la descorchó y luego llenó tres copas. Ofreció a las mujeres y luego alzó la suya.

—Por la mujer más hermosa que he visto hasta ahora y que no ha nacido en nuestro planeta —brindó.

Dysya le miraba con fijeza, sin dar señales de querer beber.

—Sería mejor hablar claro de una vez. ¿Qué es lo que queréis de Myr y de mí?

—¿No sería más correcto decir qué es lo que vosotros queréis de

nosotros, los terrestres? —retrucó Thorwald.

—No es a vosotros dos a quien debo dar una explicación —contestó ella con altivez.

Thorwald retrocedió unos pasos. Con la mano izquierda, cogió un puñado de joyas, que luego dejó escurrir poco a poco entre los dedos.

—Esto sí que requiere una explicación, y no te la pediremos nosotros, sino la policía. No, no arguyas que están adquiridas con dinero, porque lo fabricáis aquí mismo, de modo que los billetes con que han sido pagadas las joyas son falsos. —Se echó a reír—. Ahora resulta que dije la verdad cuando quise gastar una broma al que te vendió el collar de perlas. Bueno, se lo vendió a una de tus reproducciones, ¿no es así?

Dysya hizo un gesto de resignación.

—No puedo negarlo —dijo—. De todas formas, nuestra intención no es causaros ningún daño.

—¡Cómo! —protestó Fanny con gran vehemencia—. ¿Y las cinco mil astronaves que tenéis paralizadas? ¿Es que no te das cuenta que hay personas que pueden morir si las naves no vuelven a volar pronto por el espacio?

—No fueron esas nuestras intenciones, créeme —contestó Dysya —. Solamente queríamos… —Se mordió los labios—. Bien, lo diré de una vez. Myr —es mi esposo, desde luego— y yo fuimos destacados a fin de adquirir información sobre los planetas habitados de este sistema estelar.

—¿Qué clase de información?

—Toda.

—¿Con qué objeto? —Las preguntas procedían de Thorwald.

—Información, simplemente. Nos interesaba saber cómo vivíais en este sistema y adquirir el mayor número de datos posible.

—¿Una guerra interplanetaria?

—Oh, no, no —protestó Dysya vivamente—. Sólo recogemos información en los planetas que ya conocen los vuelos por el espacio. Nos interesa sobremanera saber si se pueden entablar relaciones con los habitantes de este planeta.

—Y para ello empleáis robots, que se invisibilizan cuando les conviene —apuntó Fanny.

—Así es.

—Pero ¿por qué no los fabricáis con distintas figuras humanas?

—Íbamos a empezar a hacerlo, pero vuestra intervención lo impidió.

—Entonces, ¿por eso fue secuestrado González? —preguntó Thorwald

—Sí. Nos pareció un tipo interesante. Ahora están buscando su pareja… pero, claro, vosotros lo liberasteis.

Thorwald frunció el ceño.

—No entiendo cómo pudiste verlo desde aquí —dijo.

Cada robot lleva consigo una potente emisora de televisión. Podemos seguir desde aquí todos sus movimientos y darles órdenes con la mayor facilidad del mundo.

—Pero si alguno de ellos está en peligro, lo hacéis estallar.

—Sí. No podemos consentir que una máquina tan perfeccionada caiga en manos extrañas.

—Entonces, por eso tú y Myr no bajáis a la superficie del planeta, a fin de no correr riesgos.

—Exactamente.

De pronto, Fanny adelantó el busto para formular una pregunta.

—¿De dónde habéis venido?

Dysya le dirigió una tranquila mirada.

—Vosotros le dais el nombre de Vega —contestó.

CAPÍTULO XIII

ASMADO, Thorwald silbó tenuemente.

—¡Eso son veintisiete años luz de distancia! —exclamó.

—Ni más ni menos —corroboró Dysya.

Thorwald sintió que se mareaba. ¿Qué clase de aparatos usaban aquellos seres que les permitían recorrer tan vastas regiones del espacio en, seguramente, poquísimo tiempo?

—Un momento —observó Thorwald—. Has dicho que vuestra llegada obedece al deseo de adquirir informes. ¿Esa información, no estará destinada a un oculto designio de dominación sobre nosotros?

—No podría contestarte —manifestó Dysya—. Myr y yo sólo obedecemos órdenes. Acumulamos los datos recogidos y los transmitimos a...

—¿A quién? —preguntó Fanny al observar el repentino silencio de la joven.

—¿De qué te serviría mi respuesta? No lo conoces ni, posiblemente, tendrás jamás relación con él.

—Entonces no son varios, sino uno solo el que manda sobre todos vosotros.

El silencio de la joven indicó que la pregunta sólo podía tener una respuesta.

—Pero no entiendo —intervino Thorwald— cómo, para adquirir informes, habéis inutilizado todas nuestras astronaves.

—Queríamos tener libre el espacio mientras permaneciésemos en el interior de vuestro sistema estelar.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Detectando vuestras naves y proyectando sobre cada una de ellas lo que vosotros llamaríais un chorro de supergravedad. Al

aumentar su peso en diez o más veces de lo normal, les resulta del todo imposible despegar.

Thorwald volvió a silbar.

—Lo cual significa que aquí debe de haber un mecanismo central que controla ese flujo de supergravedad —dijo.

Dysya apretó los labios. El joven meneó la cabeza.

—Lo siento —añadió—. Tendrás que desconectar o detener ese mecanismo. Alguien, hace muchísimos siglos, dijo en nuestro planeta: *Vivere non est necesse; navigare est necesse.* Vivir no es necesario; navegar sí es necesario —tradujo—. No se puede paralizar el tráfico espacial sin graves daños para nuestra economía, si no en seguida, sí a la larga. Imagínate que hiciésemos nosotros lo mismo en vuestro sistema. ¿Te imaginas las complicaciones de todo género que un hecho semejante os acarrearía?

—Desde luego. Pero yo no puedo desobedecer órdenes. ..

—No estás en tu mundo, sino en el nuestro —advirtió Thorwald severamente—. Te conmino a que detengas ese mecanismo. Este aparato y todo cuanto contiene es algo maravilloso, pero sentiríamos tener que destruirlo.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —preguntó Dysya, sonriendo con burla.

Thorwald no pudo contestar. Un violento silbido irrumpió de pronto en la estancia.

El rostro de Dysya sufrió una transformación total, adquiriendo en un instante una expresión de terror insuperable.

—¿Qué ocurre? —gritó Fanny, tremendamente asustada.

La pantalla se iluminó de repente. Los tres volvieron los ojos inmediatamente hacia aquel punto.

Un rostro humano apareció en la pantalla. Era el de un hombre viejísimo, con toda la apariencia de haber vivido varios siglos. No obstante, sus ojos brillaban con la vivacidad propia de la juventud, aunque con una expresión de ira que no se podía disimular en modo alguno.

Un chorro de frases estridentes brotó del altavoz, en un idioma desconocido para los dos jóvenes. Pese al asombro que sentía, Thorwald no pudo por menos de mirar a Dysya de reojo, viendo que su miedo no sólo no desaparecía, sino que tendía a aumentar.

El cuerpo de la joven temblaba con fuerza y tenía los ojos bajos,

sin atreverse a mirar a la «horrible« pantalla.

De pronto, ocurrió algo inesperado. Myr se despertó, poniéndose en pie con torpeza.

—¿Qué... qué quiere ese carcamal? —tartamudeó.

Dysya corrió hacia él.

—¡ Por favor! —rogó, espantada.

Myr la apartó a un lado casi con brutalidad. Agarró una de las copas de champaña y la lanzó contra la pantalla. La copa se rompió, pero la pantalla resistió el impacto.

—¡Eso... eso es lo que yo pi... pienso de ti, so momia! —aulló con salvaje acento de odio—. Estamos hartos de... de...

De pronto ocurrió algo horrible. Una especie de rayo luminoso, de intolerable resplandor, brotó de la pantalla y alcanzó a Myr en el pecho. Éste lanzó un pequeño grito y cayó al suelo, muerto instantáneamente.

Thorwald atrajo hacia sí a la muchacha, espeluznado por el fabuloso poder de un arma que era capaz de matar a través de veintisiete años luz. Sollozando, Dysya se arrodilló al lado del cadáver de su esposo.

El viejo cloqueó algo en tono colérico. Despacio, procurando enjugarse las lágrimas, Dysya se puso en pie y miró hacia la pantalla. Cuando el viejo hubo terminado su estridente parlamento, ella contestó algo en forma afirmativa.

La imagen de] repulsivo individuo se desvaneció en el acto. Entonces, Dysya se volvió hacia la pareja.

—Debéis marchar. Yo tengo que volver a mi mundo —dijo.

—Pero... ese hombre te matará... —alegó Fanny. Preocupada, añadió—. No vuelvas, quédate con nosotros. Eres joven. En la Tierra hallarás paz y consuelo...

Dysya sacudió la cabeza.

—Lo siento. Tengo que regresar.

Apenas si hablaron ya hasta que hubieron puesto el pie en tierra, no lejos de «Villa Dolores».

Fanny insistió una vez más para que Dysya se quedara en la Tierra.

La joven volvió la vista hacia lo alto.

—No. Regresaré a Vega —manifestó con decisión—. He visto y oído muchas cosas de vosotros, los terrestres. Vosotros no tenéis un

amo cruel e implacable, que castiga sin piedad el menor desliz...

—Podemos arreglar el asunto de las joyas —sugirió Thorwald.

Dysya sonrió con tristeza.

—Lo hacía por agradar a Myr. Muerto él, ¿qué importancia pueden tener para mí toda clase de adornos externos? —Sus ojos brillaron de pronto con un fulgor inextinguible—. Ahora ya sé cuál es mi deber a partir de este momento.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Thorwald, alarmado.

Ella le miró a los ojos sin pestañear.

—¿Es que no lo comprendes? —dijo.

De pronto, dio media vuelta y se metió en la esfera.

Caminaron hacia la casa. Su sorpresa fue grande al encontrar en ella a Ruppert y a González.

Calculamos que éste podría ser uno de los lugares donde se hiciesen visibles —dijo el Coordinador—. Sobre todo, después que encontramos su cabaña destruida.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó González ávidamente—. ¿Habéis visto a los seres del espacio?

—Sí —contestó Thorwald, un poco triste e impresionado todavía por el suceso tan reciente.

Habló durante largo rato, relatando todo lo ocurrido. Al terminar, Ruppert meneó la cabeza.

—En fin —dijo—, menos mal que, después de todo, quedó algo como rastro de su paso. Me refiero, naturalmente, a sus cinturones de invisibilidad y a la linterna de energía.

La linterna estaba sobre la mesa. De pronto se puso incandescente.

—¡Cuidado! —gritó Thorwald.

Hubo un violento fogonazo. Cuando el resplandor hubo desaparecido, vieron que ya no quedaba el menor rastro del artefacto.

Thorwald se sintió acometido de una repentina inspiración.

—Fanny, pronto, quítate el cinturón.

La muchacha obedeció con presteza. Apenas lo había hecho, los dos cinturones desaparecieron tras sendos estallidos de luz.

—No quieren dejar aquí ninguno de sus maravillosos inventos —dijo Thorwald apesadumbrado.

De pronto se oyó un sordo zumbido. Un helicóptero aterrizó

cerca de la casa.

Dos hombres entraron en ¡a misma. Traían buenos informes.

—Las astronaves ya están en condiciones de despegar —dijo uno de ellos.

—Se ha enviado ya una expedición de socorro al puesto avanzado de Titán —informó el segundo.

Ruppert sonrió.

—En medio de todo —dijo—, no podemos quejarnos. Bien, he de volver a mi trabaje. Les dejo a ustedes.

Ya en la puerta, se volvió.

—Capitán Nyass.

—¿Señor? —contestó Thorwald.

—Su expediente será sobreseído. Pronto le encomendarán el mando de una astronave.

—Gracias, señor —sonrió el joven, satisfecho.

—Un momento —protestó Fanny vivamente—. Creo que yo tengo algo que decir al respecto. No quiero que mi marido viaje por el espacio, mientras yo me quedo tejiendo en tierra.

—¡Eh! —gritó Thorwald, alarmado—. Yo no he dicho que quiera casarme contigo, Fanny.

—Mi buen nombre está comprometido. ¿Vas a negarte a reparar el honor de una doncella?

—¡Qué diablos...! —estalló el joven. Pero sonrió casi de inmediato—. Está bien, de acuerdo; me casaré contigo. —Se volvió hacia el Coordinador—: Señor, le ruego vaya buscándome un archivo polvoriento para ir guardando fichas; creo que, a partir de ahora, ése va a ser el trabajo que agrade a mi esposa.

—Ya hablaremos de ello después de su luna de miel —Ruppert sonrió—. ¿Y usted, González?

El piloto se acercó a la ventana y miró hacia las estrellas.

Luego murmuró:

—Volveré a navegar por el espacio.

—Bien, vaya a verme la semana próxima. Adiós a todos.

Thorwald y Fanny se abrazaron. Al cabo de unos momentos, volvieron los ojos hacia la ventana.

González continuaba en la misma postura, con expresión evocadora.

—Ella era muy hermosa —dijo con tono lleno de melancolía—.

Quizá vuelva un día a la Tierra.

Calló un instante.

—Tiene que volver —afirmó en tono esperanzado—. Aguardaré su regreso.

Thorwald y Fanny se miraron de nuevo.

—¿Crees que su espera tendrá éxito? —murmuró ella.

—Tal vez, sí —añadió Thorwald—, volverá. Pero, mientras tanto, tú y yo...



[1] **Pamema:** *fingimiento, falsedad*. Diccionario de la lengua española © 2005 Espasa-Calpe (nota del corrector)